

JESUCRISTO.

Sólo Jesucristo salvará á
la Sociedad Moderna. ¡Hé
ahí mi Dios! ¡Hé ahí mi
Rey!

*Ultimas palabras de Cha-
teaubriant moribundo.*

SE REPARTE GRATIS.

MEXICO.

COMPAÑIA DE JOSÉ IGNACIO DURÁN Y CIA.

Calle de Chavarría núm. 10.

1905

215

21

BT215

J4

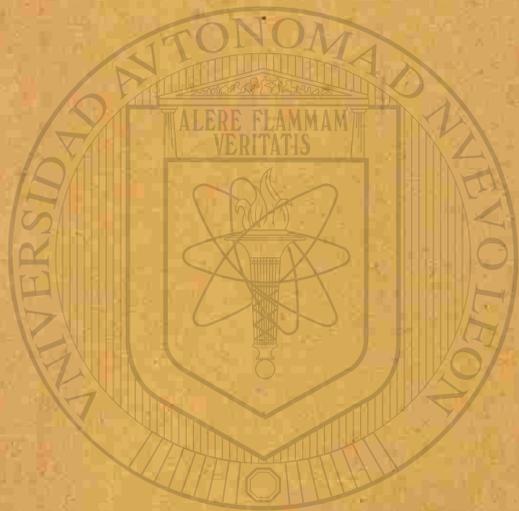
C.2

A.1

821



1080021127



JESUCRISTO.



Sólo Jesucristo salvará á
la Sociedad Moderna. ¡Hé
ahí mi Dios! ¡Hé ahí mi
Rey!

*Ultimas palabras de Cha-
teaubriant moribundo.*

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CON LICENCIA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

IMPRENTA DE JOSÉ IGNACIO DURÁN Y CIA.
Calle de Chavarria núm. 10.

1905

FONDO ESPECIAL
VALVERDE Y TELLES
45499



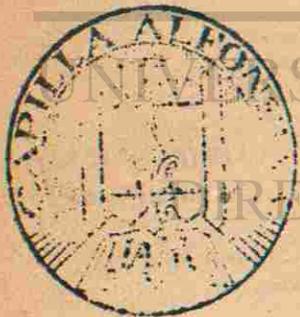
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

B7215

54



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

JESUCRISTO.

Tanto amó Dios al Mundo
que le dió su Unigénito.

S. Juan, 3.—16.

QUIÉN es ese sér extraordinario, que hace poco más de dieciocho siglos, en el seno de un país humilde y de un pueblo obscuro, puso repentinamente sobre el mundo tan soberana mano, “que fundó en él, para toda la humanidad, el reino eterno de la verdadera y perfecta Religión;”¹ — ese sér, el más puro entre los poderosos, y el más poderoso entre los puros, que con su traspasada mano ha sacado de su quicio los imperios y ha dado otro cauce al torrente de los siglos?² ¿Quién es? ¿Es un Dios? ¿Es

1. BAUR, *Le Christianisme et l'Eglise chretienne*, seconde edition, 1860, p. 322.

2. RICHTER, *De Dieu dans l'histoire et dans la vie*, p. 6.

008921



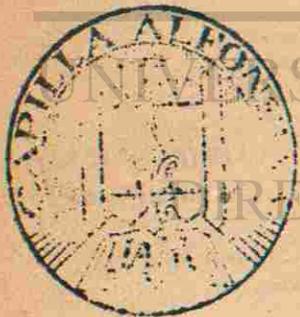
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

B7215

54



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

JESUCRISTO.

Tanto amó Dios al Mundo
que le dió su Unigénito.

S. Juan, 3.—16.

QUIÉN es ese sér extraordinario, que hace poco más de dieciocho siglos, en el seno de un país humilde y de un pueblo obscuro, puso repentinamente sobre el mundo tan soberana mano, “que fundó en él, para toda la humanidad, el reino eterno de la verdadera y perfecta Religión;”¹ — ese sér, el más puro entre los poderosos, y el más poderoso entre los puros, que con su traspasada mano ha sacado de su quicio los imperios y ha dado otro cauce al torrente de los siglos?² ¿Quién es? ¿Es un Dios? ¿Es

1. BAUR, *Le Christianisme et l'Eglise chretienne*, seconde edition, 1860, p. 322.

2. RICHTER, *De Dieu dans l'histoire et dans la vie*, p. 6.

008921

un hombre? ¿Es tan sólo un accidente feliz de la naturaleza, un esfuerzo sublime de la naturaleza humana para proporcionarse un representante digno de ella? ¿O bien, esa belleza de alma, esa fisonomía incomparable, ese gran entendimiento, ese corazón todavía mayor, y los inmensos resultados de esa vida extraordinaria, llevan invenciblemente la inteligencia á entrever en Él más que un hombre? ¿Dios transpira visiblemente, si así puedo hablar, á través de la perfecta humanidad de Jesús? Y así como cuando se encuentran naturalezas privilegiadas, con sólo ver su fisonomía, sus ojos, sus labios, con sólo oír sus palabras, se dice: "hé aquí una alma en la cual hay grandeza, nobleza, bondad, genio," ¿basta igualmente con ver á Jesús para verse obligado á decir: "Hé ahí un alma en la cual hay divinidad?"

Tal es la cuestión. Antes no se procedía de este modo. Apenas se estudiaba la perfección única de la humanidad del Salvador. Su humanidad se perdía, como en el Tabor, en los esplendores de su divinidad.

Actualmente seguimos otro camino. No sé qué atractivo, más vivo cada día, nos lleva ¡oh Jesús! á vuestra dulcísima y bellísima humanidad. Contemplamos vuestros pies y vuestras manos traspasados por nosotros, vuestra hermosa frente enteramente radiante del genio más compasivo, vuestro corazón, que late con tan

grande amor, y de este modo llegamos á sospechar primero, á entrever después, y al momento á adorar vuestra divinidad.

El otro camino era quizá más elevado, éste es más dulce. Es más á propósito para este siglo amante de los hechos más que de las ideas, arrebatado de entusiasmo por el método de observación, y más apto, por consiguiente, para aceptar la prueba que va de la humanidad del Cristo á su divinidad. ¿No es la que, por otra parte, habéis aconsejado ¡oh Jesús! al conturbado espíritu de uno de vuestros discípulos: "Tómame, pon tu dedo en las llagas de mis pies y de mis manos; ponlo principalmente en la llaga de mi corazón y dignate, te lo suplico, no ser incrédulo?" *Et noli esse incredulus.* ¹ ¡Tierno é in traducible *noli!* Tomás no resistió. Vió la humanidad, y confesó la divinidad. *Vidit hominem, Deum confessus est.* ²

¡Oh Jesús! entramos por el mismo camino, ayudadnos, y haced que vayamos también, de las bellezas humanas de vuestro entendimiento, de vuestro corazón, de vuestra conciencia, ³ de vuestra alma toda entera, hasta la plena certidumbre, hasta la humilde y gozosa adoración de vuestra divinidad.

1. JOAN, XX, 27.

2. S. AUG.

3. No se tome esto en el sentido que implique pluralidad personal de Cristo.—[N. del T.]

Consideremos primeramente y en su conjunto la fisonomía de Jesús.

La fisonomía, decía yo ahora mismo, es la transpiración del alma á través del polvo del cuerpo. Es el alma que sale, por decirlo así, de su retiro, subiendo al rostro, é imprimiéndole una belleza que no tiene igual en el orden de las cosas creadas. "¿Qué son, dice Fenelón, todos los fuegos del sol comparados con el fuego de la mirada en un hombre de genio?" Tenía razón; y eso que no señalaba ahí más que uno de los rasgos de la belleza humana. No solamente el genio posee fuego; el corazón lo tiene tan ardiente y más tierno, y lo envía aún con más rapidez al rostro. Y la misma voluntad no carece de él. ¿No procede de ella esa luminosa y viril llama del valor y de la fuerza, que completa en la frente de un hombre el misterio de la belleza?

Pues bien, desde todos esos puntos de vista, la fisonomía de Jesús es incomparable. Manifiestamente el talento humano se halla en Él, en su más elevado poder. "Yo soy la luz," decía Jesucristo. Esto no puede disputarse: es la luz pura. En rededor de Él, como en rededor de los mayores genios, no se ven nubes, ni brumas, ni nieblas que suben de los sentidos. Se han en-

contrado manchas en el sol. Aquí no las hay. El entendimiento es enteramente luminoso; brilla radiante en todas direcciones, libre, real, sin esfuerzo. Se desenvuelve en elevación, en profundidad y en fecundidad, en todos sentidos, con una sencillez y una facilidad que son cuanto es dado imaginar como más asombroso.

¿En dónde, os pregunto, se ha visto mayor elevación que en Jesucristo? ¿Qué propósito fue nunca más elevado que el suyo, con medios, para lograrlo, más ingeniosos y más sencillos? ¿Qué relámpagos en su conversación, juntamente suaves y vivos, que iluminan, sin dominar; tan naturales parecen! ¿Cómo sube de pronto las más elevadas cumbres, y os arrastra consigo! O más bien no sube; allí está siempre. Si subiese como el hombre, sentiríamos, al subir con Él, esa opresión, ese cansancio feliz de la subida; y dominado Él mismo por esa aparición sublime, nos comunicaría su asombro. No hay nada de eso. "Se le ve lleno, dice Bossuet, de los secretos de Dios; pero se advierte que no le causan sorpresa; habla de ello naturalmente, como nacido en ese secreto y en esa gloria." ¹

Esta serenidad en semejante luz, esta ausencia de esfuerzo para alcanzar esas alturas á las cuales ningún hombre puede llegar, y para per-

1. BOSSUET, *Hist Univers.*, II part., ch. XIX.

manecer siempre en ellas, han parecido á algunos autores el rasgo supremo de este prodigioso entendimiento. Confieso no obstante, que todavía me impresiona más su profundidad. La profundidad es tal vez de un orden más divino que la elevación. Es el rasgo distintivo de los talentos superiores; ¡mas cuán raro es! ¡qué turbación! ¡qué incertidumbre en la previsión de los más grandes genios! ¡qué crueles engaños sufren todos los días! ¡Y no obstante, es envidiable grandeza el poder así, aun vacilando, penetrar en los repliegues ocultos de las cosas, y, á través del presente, entrever y saludar ya el porvenir! Pues bien, este admirable estado, es el estado habitual de Jesucristo. Nada se escapa á la extraordinaria penetración de su mirada. ¿Quién no advirtió en el Evangelio aquella clara intuición con la cual se apodera, á despecho de engañosas apariencias, del secreto pensamiento de los corazones? ¡Cómo sobresale en arrojar en el fondo de las almas tal palabra plenamente misteriosa, que, al principio mal comprendida ó despreciada, no brillará hasta más adelante, para llenar de confusión ó de luz á quien la recibió, según sus disposiciones! ¡Con qué soberano arte, con qué magistral conocimiento del corazón humano, sabe volver en provecho de su misión la conversación más insignificante, y ocupar el puesto de maestro en donde se le quiera imponer la de dis-

cípulo! ¡Cómo penetra á fondo el corazón de sus apóstoles, y, en el momento mismo en que multiplican ellos sus protestas de afecto, cómo les anuncia con dulzura, pero con franqueza, su próxima caída!

Y esta inmediata, absoluta y divina intuición de las almas no es nada todavía. Conoce la suerte de los pueblos como los secretos de los corazones. El porvenir de Jerusalén se ofrece tan claro á sus ojos como el de Pedro, ó el de Judas. La gran revolución que comienza; el mundo nuevo que va á brotar al pie de su cruz; esa cruz que todo lo atraerá á sí, esos humildes apóstoles que enseñarán á todas las naciones; los pueblos que se convierten; un solo redil para recogerlo todo y un solo pastor para dirigirlo todo: ve Él todo esto con certeza inmediata, con claridad absoluta. Y su inmenso entendimiento, no limitado por el tiempo ni por el espacio, se lanza hasta los últimos días del mundo, y, en las ruinas, por Él anunciadas, de Jerusalén, nos da la prueba de que sabe cómo acabará la humanidad.

Además, ningún esfuerzo, ningún asombro en su profética intuición, como no lo había en su elevación sublime. La ciencia del porvenir nada tiene que le admire, que le turbe, que le sorprenda, porque encierra todos los tiempos en su entendimiento. Los misterios futuros que anuncia no son en Él súbitas é imprevistas cla-

ridades que le deslumbren: son objetos familiares que jamás pierde de vista, las imágenes de los cuales halla Él dentro de Sí; y todos los siglos venideros son, bajo la inmensidad de sus miradas, como la luz presente que nos ilumina.'¹

A esa elevación, á esa profundidad, añadamos, para completar el entendimiento de Jesucristo, una tercera y suprema belleza intelectual. Cada una de sus palabras es fecunda. Encierra la semilla del porvenir. Dice Él: *Bienaventurados los pobres. Bienaventurados los que lloran. Bienaventurados los limpios. Bienaventurados los que sufren persecución.* Semillas maravillosas; ¡quién contará los frutos que han salido de ellas! Todos los apóstoles de ahí proceden; todas las vírgenes, todos los mártires, todos los bienhechores de la humanidad. Dice Él: *Dad al César lo que es del César;* y asienta la base de la distinción de los poderes, de donde arranca la civilización moderna. Dice Él: *Padre nuestro, que estás en los cielos;* y siembra la semilla de la fraternidad universal en la verdadera igualdad.² Cada palabra que brota de sus labios es un germen de progreso indefinido.

Y lo que completa el asombro que causa un entendimiento semejante, es la lengua de que

¹ MASSILLON, *Sermon sur la divinité de Jésus-Christ.*

² Quien desee estudiar debidamente este asunto, vea las Conferencias del R. P. Félix.—[N. del T.]

se sirve. Jamás pensamientos más elevados se han expresado con menos palabras; mas tampoco nunca esas palabras, tan pesadas, tan materiales en sí mismas, desesperación de los que escriben, se han visto hasta ese punto idealizadas y transfiguradas por el pensamiento. Literalmente, son "espíritu y vida," según la enérgica expresión del mismo Jesucristo. La menor cantidad posible de materia: palabras cortas, transparentes, vaciadas, si así puedo decirlo, y dejando ver el espíritu que las anima. La ciencia ha logrado el medio de reducir al más breve volumen posible las poderosas energías medicinales y vivificantes de la naturaleza. Jesucristo hizo otro tanto. En tres palabras, justas, distintas, llenas de luz, ha encerrado las leyes eternas de las cosas; los principios fundamentales de las familias y de las sociedades; las causas y los remedios de la decadencia de los pueblos; principalmente las leyes divinas de las almas. Y todo esto bajo una forma tan sencilla, que á la vez es leche para los niños y vino para los ancianos.

Así, pues, la elevación hasta lo sublime, la profundidad hasta la profecía, la fecundidad inmediata é ilimitada, creciendo con los siglos, hasta la renovación del hombre, de la familia y de la sociedad: hé ahí el entendimiento de Jesucristo. ¿De dónde procede genio semejante? ¿De quién viene en el pasado? Se ha investiga-

do, y se renunció á dar con ello. Jamás se vió nada semejante.

Ahora, después de haber visto el entendimiento de Jesucristo, fijemos nuestras miradas en su corazón. Otros dones, otros atractivos; la misma transpiración de la divinidad, ó más bien, una transpiración todavía más poderosa; porque el corazón es naturalmente más hermoso que el entendimiento, y está formado con más celestial materia; es mucho mejor conductor de la divinidad.

¿Recordáis cómo se formó el corazón del hombre? Os admiraréis al ver cuán poco se le parece el de Jesucristo. Sin duda somos amantes; nos damos. Esa es nuestra gloria, la señal de que procedemos de lo alto. Pero amamos poco. ¿Quién ama hasta darse por entero, hasta la sed del sacrificio? ¿Quién, habiendo subido á ese Tabor en donde uno se sacrifica en el amor, no ha deseado bajar de allí? Todos llevamos en el corazón la triste llaga de no poder sufrir mucho tiempo, ni aun por aquéllos á quienes más amamos. Sólo hay una excepción: es el corazón de Jesucristo. Ama y lo da todo. Y pues no se da mayor prueba de amor que el morir por aquéllos á quienes se ama, desde el primer momento de su vida hasta el último, sólo aspira al sacrificio. "Su hora," como Él la llama, la que espera con impaciencia, es aquélla en que podrá finalmente, en el Calva-

rio, elevar sus dolores á la altura de su amor.

Más hé aquí otra maravilla del corazón de Jesús, correspondiente á otra debilidad del corazón del hombre. Precisamente porque amamos poco, amamos á pocos. Para amar nos encerramos, nos formamos estrecho nido en el cual ponemos los seres que nos son más queridos: el padre, la madre, la esposa, los hijos, algunos amigos. ¡Qué queréis! sólo una gota de amor tenemos; la economizamos; solamente se la damos á algunos; porque, aun dando á esos pocos todo lo que de afecto poseemos, no estamos todavía seguros de darles bastante. ¡Cuán diferente es el corazón de Jesús! Ama á todos los hombres, y los ama con el mismo fuego. Los pequeños, los grandes, los pobres, los ricos, los justos, los pecadores, los desamparados, los abandonados del mundo; ¿á quién dejó olvidado? ¿A quién no amó tierna y ardientemente? ¿Quién fué sobradamente manchado para ese corazón tan puro, ó sobradamente vulgar para ese corazón tan noble, ó sobrado grande para ese corazón tan humilde, ó sobrado pequeño para ese corazón sublime? Hasta parece que no le basta esa inmensidad, y se encuentran en sus palabras, en sus ruegos, amorosos anhelos con los cuales abarca á todas las criaturas y hasta mundos que no conocemos.

Y con un corazón semejante, una pureza que no me atrevo á llamar angélica, porque fuera

decir demasiado poco, vivió en medio del mundo, sentóse á la mesa de los pecadores. Ve á sus pies todas las debilidades; y jamás, no digo la sombra de una duda en una conciencia honrada, sino la sombra de un ultraje en infames labios, llegó á Él. Todo se atacó, menos la pureza de este sér celestial. Y como si fuera preciso que este corazón, tan amante y tan puro, tuviese una auréola única, formó una multitud de corazones á su imagen, corazones de vírgenes, amantes y puros como Él.

Más hé aquí que su belleza es completa. En vez de presentarse en el mundo con aquella tristeza que obligaba á Pascal á decir tan melancólicamente: "¡La mayor pobreza del hombre consiste en poder tan poco en favor de aquéllos á quienes se ama!" se presenta, por el contrario, con sereno continente, con la plena seguridad de curar, consolar, salvar, beatificar á todos aquéllos á quienes ama. *Venid á mí, exclama, todos los que estáis cansados, y os aliviaré, y hallaréis descanso para vuestras almas.* ¡Dichoso corazón que puede proferir tales palabras: ¡Ay! no nos atreveríamos á decírselas á un padre, á un amigo, á los hijos, y Él se las dijo al mundo entero! *¡Si alguno tiene sed, exclama, venga á mí y beba!* Sed de felicidad, sed de consuelo, sed de santidad, sed de paz; no distingue. Su gran corazón, que se siente capaz de realizar todos sus deseos, se anima á medida

que avanza. *No se turbe vuestro corazón; os traigo la paz, una paz que el mundo no da, una paz que sobrepaja á todo sentimiento.* Y no sólo la paz, sino el gozo: *Hé aquí que os vais á ver inundados de una paz perfecta; vuestras mismas tristezas van á cambiarse en gozo.* ¡Dichoso, repito, quien así puede hablar á los que ama, quien puede ofrecerles algo más que deseos impotentes ó estériles lágrimas! ¡Mas qué gradeza supone un lenguaje semejante! Y, á menos de reconocer ahí con tristeza las ilusiones de una naturaleza noble y generosa, fuerza es saludar con admiración un corazón humano, sin duda, mas un corazón único, á través del cual se advierte como una evidente transpiración de la divinidad.

La fuerza constituye el tercer rayo de la belleza en la frente del hombre. Aquí es incomparable; Jesucristo posee las fuerzas todas: la fuerza modesta en el triunfo en medio del entusiasmo de las multitudes; la fuerza paciente ante la tenacidad de sus discípulos, los enredos de los fariseos y la mala fe de los príncipes de los sacerdotes; la fuerza serena y radiante ante las injurias, las bofetadas, las salivas y las varas; y lo que todavía es más admirable, la fuerza resignada en las angustias, en medio de las mayores postraciones de la naturaleza. Este ánimo imperturbable y esta reposada dignidad en circunstancias tan á propósito para desconcertar y abatir, forman lo más hermoso que es

dado ver en el orden de la voluntad. Y no obstante, nada es eso todavía. La última palabra de la fuerza en Jesucristo, el rasgo vencedor, es la manera con que levantó al mundo, según su expresión: *Omnia traham ad meipsum*. Decía Arquímedes: "¡Déseme un punto de apoyo, y levantaré el mundo!" y Él no pidió ese punto de apoyo. Tomó doce trabajadores, pobres, groseros, sin talento, y, lo que es más raro que levantar el mundo, lo cambió, lo mejoró, lo transfiguró. Y para que este acto alcanzase una brillantez incontestable, no lo hizo durante su vida mortal. No lo hizo; no quiso hacerlo. Murió abandonado en una cruz. Mas entonces, cuando desapareció de la tierra y su obra parecía muerta, destruida con Él; entonces, como lo había dicho, fué cuando demostró su fuerza con maravillas de ultratumba, y cuando del fondo del sepulcro, donde se la creía enterrada para siempre, su hermosa obra reapareció de pronto, llena de vida infinita y de eterna fecundidad.

Es inútil añadir, al terminar esta primera investigación, que estos divinos esplendores de la fisonomía de Jesucristo, esta belleza de la inteligencia, de la bondad y del amor, de la fuerza y del ánimo, se hallan en Él en perfecto equilibrio. No se encuentra vacío alguno, ni desfallecimiento, ni falta, como no se advierte dificultad ni exceso. Cada facultad alcanza su más alto grado de intensidad; mas

es imposible señalar una que eclipse á las demás. Se hallan armoniosamente reunidas. Además, todo en Él y en su vida es grandeza tranquila, dulce sencillez, sublime paz.

La humanidad ha producido de vez en cuando seres extraordinarios; ninguno que pueda compararse con éste. Todo lo posee, y todo en una medida única. En Él el pensamiento, la palabra, la poesía, la elocuencia, el amor, y la influencia práctica, y la inmensidad de los resultados, todos los dones y todas las fuerzas, se hallan reunidos y con tal perfección, que el alma que ha meditado en la vida de Jesucristo es incapaz de concebir nada más grande.

Y ahí está el sentido de esta frase: "HIJO DEL HOMBRE que se encuentra en todas las páginas del Evangelio." Jesucristo no es tan sólo un hijo del hombre como todos los descendientes de Adán: es el hijo del hombre en sentido absoluto; el hombre ideal, hermoso, puro, completo; la flor más preciosa, el fruto más suave que jamás ha producido la tierra, ó, por mejor decir, la única flor absolutamente hermosa y perfecta que ha brotado de las raíces del tronco de la humanidad.

II

Pero sigamos. Sólo tenemos ahí algunos rasgos, bien ligeros todavía, de la fisonomía de Jesucristo. A medida que la crítica se hace más

penetrante, la observación más inteligente y más exacta descubre en el carácter del Cristo rasgos que la antigua apologética no sospechaba. El Cristo brilla ante sus miradas, como el cielo estudiado con los poderosos instrumentos de la ciencia moderna.

Además de esas cualidades justas, precisas, de que acabamos de hablar, y que, elevadas á su mayor poder, armoniosamente reunidas, señalan la fisonomía de Jesucristo con tan real belleza humana, comiéndanse á descubrir en Él algunas cosas más difíciles de comprender, ilimitadas, indefinidas. Se le ve hombre, y á cada momento se nota que es más que un hombre. No sé qué absoluto, universal, inagotable, hace ver que los límites ordinarios de la humanidad no se hallan aquí. Estúdiense sucesivamente su perfección moral, su personalidad, su mente, y se encontrará sin duda la forma, jamás la medida.

¡La medida de su perfección moral! se la encontrará cuando se halle en alguna parte un punto de comparación. ¿Pero en dónde está? No hablo de la antigüedad; un ideal semejante ni siquiera se sospechaba. "Jesús deja obscurecidas, dice Channing, á todas las perfecciones humanas por su grandeza y por su hermosura." ¹ Y no solamente á las perfecciones humanas

1. CHANNING, *Discours sur l'imitation du Christ.*

que le han precedido, sino aun á las que le has seguido, á las que Él hizo brotar; pues su aparición fué como un rayo de luz que reveló un ideal hasta entonces desconocido y que ha creado la pasión de imitarlo. Mil novecientos años hace que esta figura se presenta en el mundo; que millones de personas se esfuerzan en reproducirla, y que á medida que mejor la copian, alcanzan mayor belleza; mas á nadie ha sido dado el igualarla. En esas innumerables copias, las hay que arrebatan de admiración, unas por su pureza, otras por su valor. Pero ninguna puede servir como término de comparación. ¡Qué digo! la belleza única de Jesús no solamente sobrepuja á toda belleza creada, sino que es única. No se le conoce ideal.

Sabido es lo que ocurre cuando nos hallamos en presencia de la belleza. La contemplamos arrebatados; luego en seguida, excitados por esta aparición, nuestras alas se extienden y subimos más alto. Descubrimos una belleza superior, de la cual todas las bellezas creadas, por espléndidas que sean, no son más que incompleta expresión. Y cuanto más subimos, esto es, cuanto más poderosa es nuestra imaginación, más huye á nuestros ojos el ideal, desesperándonos y excitándonos con esa sublime huida, y creando el gran arte la misma imposibilidad en que coloca al genio de realizar jamás lo que ve. Pues bien; tratándose de Jesucristo, el fenómeno

no resulta al contrario. No dejamos la realidad para correr tras de lo ideal; la realidad es lo que no podemos alcanzar. Todos nuestros esfuerzos para hallarle un ideal á Jesucristo, es decir, una belleza distinta de la que Él realiza y superior á ella, son impotentes. Al contemplar á Jesucristo, no vemos que su ideal se eleve, huya; es Él, su realidad, el descrito en los Evangelios, quien se eleva, quien huye, el que no puede ser alcanzado, ni con el pincel, ni por el cincel, ni con la pluma, ni con el corazón. Hé aquí lo que hacía derramar lágrimas al bienaventurado Angélico de Fiésolo, incapaz de reproducir belleza semejante; lo que arrebatava á causa de su indignación el pincel á la vigorosa mano de Leonardo de Vinci; lo que desesperaba á Bossuet y á Pascal. Es la primera vez, ó más bien la única, en que la perfección suprema del arte resulta inferior á la verdad histórica, y hasta la imaginación del genio no alcanza á idealizar la realidad.

Esta reflexión debiera bastar, por sí sola, para hacer comprender á toda alma formal, que el carácter de Jesucristo, aunque verdaderamente humano y natural, se levanta muy por encima de las proporciones humanas; ¹ mas quiero hacer considerar algo más admirable to-

¹ Estas expresiones deben entenderse, sin detrimento de la perfecta unidad personal divina de Jesús.— (N. del T.)

davía, otro absoluto mucho más inexplicable. No hemos hallado los límites de su belleza moral, de su perfección; busquemos ahora los límites de su personalidad. Lo que limita la personalidad, es el tiempo, el lugar, la raza. Por grande que uno sea, se ha nacido aquí; se ha vivido allá; se ha salido de las entrañas de un pueblo, y se lleva su sello. Véanse los más grandes hombres: pertenecen á su tiempo. Se unen vivamente con sus intereses, con sus pasiones, con sus gozos, con sus dolores. Esto es evidente con respecto á los hombres políticos, á los legisladores, á los conquistadores. ¿En qué se apoyarían para gobernar el mundo y para removerlo, si no fueran de su tiempo? Más aún, los hombres que pertenecen al pensamiento puro, los soñadores solitarios, los poetas, los filósofos, los artistas, aquellos cuya vida dedicada al culto de lo ideal va más lejos en la humanidad y pasa menos rápidamente, ¿no son también de su tiempo? ¿Acaso, á través de las estrofas de sus poemas, no se oyen, con los clamores de la humanidad, los de su época; con los suspiros del alma humana, los del pueblo, del siglo, de la ciudad en donde esa alma humana ha rogado, llorado, sufrido y amado? Cítense los más grandes: Homero, Job, Esquilo, Isaías, Sócrates, Fidias, Sófocles, Platón, Virgilio, Tácito, Dante, Miguel Angel, Shakespeare, Milton, Corneille, Racine, Bossuet. ¿Qué

son? Encarnaciones de la Grecia, de la Arabia, de la Judea, de Roma pagana, de la Italia cristiana, de España, de la Francia y de Inglaterra. Y cuanto más grandes, mejor encarnan en sí, con el genio de la humanidad, el de aquella parte de ella de la cual son más directamente hijos. El gran Pelasgo, es Homero; el gran heleno, es Esquilo; el gran árabe es Job; el gran hebreo, es Isaías; el gran romano, es Tácito; el gran italiano, es Dante; el gran inglés, es Shakespeare; el gran francés, es Bossuet. Y Jesucristo ¿qué es? Ni hebreo, ni griego, ni antiguo, ni moderno. ¿Qué es, pues? Es hombre, ó antes bien, es el hombre. En los demás no se halla la humanidad entera; tócanse sus límites; en Jesucristo, jamás.

Y nótese bien que esta universalidad no es, en Jesucristo, la impersonalidad. Porque ¿qué personalidad fué nunca más elevada, más claramente acentuada? ¿Quién hizo nunca más perfecto uso del yo? ¿En dónde hallar más completa independencia? Búsquese de quién dependa Él. Ni de la multitud que le aclama, ni de sus discípulos, ni de su siglo, ni de las ideas y de las costumbres que le rodean. Nadie pudo jamás lisonjearse de haber sido su maestro. A causa de su misma personalidad alcanza esa original universalidad. Moisés es judío por sus ideas, sus sentimientos, sus costumbres, sus hábitos, más aún que por su origen. Sócrates no

se hizo nunca superior al tipo griego. Mahoma era árabe. Lafontaine y Molière son tan franceses, que á los ingleses les cuesta tanto trabajo el comprenderlos, como á nosotros mismos gustar de Goethe. En todos estos grandes hombres hay algo local, transitorio, que no se comprende más allá de la montaña ó del océano; que no podría imitarse en todas partes; que muere con el siglo; que renacería alguna vez con otro siglo, mas para morir de nuevo. Oscilación singular, que los muestra como meros hombres, aunque los más grandes de entre los hombres. En Jesucristo, no hay nada semejante; todo ese aspecto falta á su fisonomía. Se ve la humanidad; no se ve lo que la limita, lo que la circunscribe. Por eso es Él el modelo universal propuesto á la universal imitación. Todas las edades lo copian: el niño, la joven, la madre, el anciano; todas las condiciones se acercan á Él, para hallar un consuelo, una ayuda: el pobre como el rico, el prisionero en su calabozo y el rey en su trono. En vano la marcha del mundo y de la civilización trae á la escena nuevos actores; Jesucristo no es extraño para ninguno de ellos: ni para el griego, aun cuando Él se hubiese cuidado poco de filosofía; ni para el romano, aun cuando no hubiese ganado batallas; ni para el bárbaro del siglo IV ó para el civilizado del XIX, por más de que sus ideas, sus costumbres, sus usos, apenas se parezcan.

Al ser adorado por los indígenas de América, por los negros salvajes del Africa, por los brahmanes de la India, esta adoración creó allí virtudes tan puras é iguales, como las que habían brotado entre los romanos degenerados del Bajo Imperio: ¡tan universal, simpática y accesible es á todos los hombres esta figura, imitada por todos, y siempre, aunque jamás igualada!

Lo que de su belleza moral y de su personalidad decimos, es bien inútil decirlo de su acción. Es natural. No tiene límites, ni en el tiempo, ni en el espacio. Nada hay que en parte alguna la limite de ninguna manera. Sobre todo, ningún siglo la sobrepuja. La humanidad marcha; va de prisa; es un andarín apresurado. Bendice, aclama á su paso á los genios que se levantan para alumbrarle. Luego en seguida los deja atrás. La filosofía de Platón fué buena; pero no basta. La ciencia de Newton fué admirable; pero se le lleva ventaja. La geología de Cuvier ha sido una revolución; pero se queda atrás. La humanidad camina. Enciéndanse, enciéndanse nuevas luces. Hipócrates ha quedado atrás; Arquímedes ha quedado atrás; Copérnico ha quedado atrás; Galileo ha quedado atrás; Lavoisier ha quedado atrás; Montgolfier ha quedado atrás; ¿Jesucristo? no. "Jesucristo, dice M. Renan, ¡nunca será sobrepujado!"¹

¹ RENAN. *Vie de Jésus*, pág. 325.

Es honor de los grandes maestros, y á la vez debilidad suya, el presentar á fuerza de genio, fórmulas de las cuales se partirá para llegar más lejos, y crearse discípulos que les hagan quedar olvidados. Aunque valgamos menos, sabemos mil cosas que ignoraban Sócrates y Platón, Cicerón y Séneca. Vemos otras que causarían asombro á Bossuet, Newton ó Pascal. "Mas, dice perfectamente Parker: dieciocho siglos hace que el torrente de la humanidad se elevó tan alto en Jesús; ¿y qué hombre, qué siglo ha sobrepujado su pensamiento, ha sabido siquiera apropiárselo, aplicarlo enteramente á la vida? Responda el mundo á su grito de angustia. Los hombres se han repartido los vestidos de Jesús, han echado suertes sobre su túnica inconsútil; mas el espíritu que trabajó con tanta energía en el seno del pecado y de la muerte, que espiró, que tuvo que sufrir y que venció al mundo, ¿se le agotó, se le posee siquiera, se le comprende?"¹ Se halla, después de dieciocho siglos, inagotado é inagotable.

Mas parece que cuanto más camina la humanidad, más viva resulta la acción de Jesucristo. A cada nuevo horizonte, á cada nueva necesidad, responde con un nuevo rayo de luz, con un remedio hasta entonces desconocido. ¡Cuántas maravillas, por ejemplo, no han sospecha-

¹ TRODORO PARKER. *Discours sur les matières relatives á la Religion*, 3 édit. Boston, 1847, pág. 275.

do nunca los cristianos de los primeros siglos, y acerca de las cuales nos vemos obligados á decir: las tenían á la vista! Y ¡cuántas maravillas que no sospechamos, y acerca de las cuales dirán nuestros descendientes: también las había Él previsto! Y al propio tiempo que se extiende así á través de los siglos, que se renueva con los más leves movimientos de la civilización, esa acción de Jesucristo nada pierde de su intensidad. Después de transcurridos dieciocho siglos, se hace dueña de las almas como en el primer día. "Se entusiasma uno al oír contar las conquistas de Alejandro. Pues bien, hé aquí un conquistador que se apropia, que se asimila no sólo una nación, sino la raza humana entera. ¡Qué milagro! el alma humana con todas sus energías viene á ser una parte integrante de la existencia de Jesucristo."¹

Si ahora, después de haber buscado en vano la medida de su belleza moral, de su personalidad, de su acción, observamos su mente, hémos aquí en presencia de un fenómeno del mismo orden, pero todavía más asombroso. La mente de Jesucristo no solamente es superior á toda mente humana, como lo hemos hecho ver más arriba; no se le parece. Contiene algo incomprendible, inaccesible á todas las miradas.

Habéis leído el Evangelio. En esas páginas

¹ *Conversations de Napoléon á Sainte-Hélène, avec le général Bertrand.*

que contienen una doctrina tan pura y al propio tiempo tan profunda, y no obstante tan clara, ¿no habéis notado una luz de naturaleza extraña, que se parece á la obscuridad, pero que no lo es, porque no sería dado concebir la obscuridad en esa sublime y vigorosa mente; que es tan distinta de la luz natural, que algunos la han llamado sinrazón, lo cual es imposible, porque hace dieciocho siglos la humanidad habría demostrado ese absurdo; que es verdadera luz, pues posee un resplandor muy vivo, por más de que su foco sea impenetrable, y á la cual hemos llamado, no sabiendo cómo definirla, *misterio*, es decir, lo incomprendible, lo inaccesible?

Sí, en esos discursos tan luminosos del Evangelio, diríase que brotan sombras. Frases oscuras aparecen de vez en cuando; oscuras no por falta de luz, al contrario, por intensidad; y la prueba de ello está en que los más grandes genios, religiosos ó impíos, las estudian dieciocho siglos há sin lograr comprenderlas los primeros, ni destruirlas los segundos. Un Orígenes, un Agustín, un Tomás, un Bossuet, un Leibnitz, un Pascal, han fijado, en esas extrañas fórmulas, aquellas miradas que habían descubierto las leyes del pensamiento y la marcha de los astros, y han confesado que no entendían, pero que aquellos misterios, que ellos mismos no penetraban, les hacían verlo todo y

comprenderlo todo. Al propio tiempo apareció otra raza, también de grandes talentos, diestros en sorprender el flanco débil de las cosas, en desenredar los sofismas ó en lanzar la burla y el ridículo, y que se propusieron hacer ver que sólo había contradicción, sinrazón y tinieblas en aquellas fórmulas; pero no han salido más airosos efectivamente: si hubieran demostrado su aserto, el Cristianismo habría muerto en el desprecio. De suerte que después de dieciocho siglos de la más viva discusión que jamás se vió, esas fórmulas subsisten no penetradas, y por lo tanto impenetrables.

Hé allí el fenómeno; es único. Regístrense los libros de los filósofos. ¿En dónde se halla lo impenetrable? Se verá en ellos la obscuridad; pero lo oscuro no es más que una prueba de debilidad. Alguna vez se hallará en ellos la contradicción, y se hará la prueba de ello. Mas lo incomprendible, lo inaccesible, no se encontrará allí nunca. No es incomprendible el que quiere serlo. No ofrece en el mundo un misterio quien así lo quiere. Lo que un entendimiento concibe, lo concibe otro, y si es dado al genio ser el primero en subir á ciertas alturas, no le es dado subir tan alto que los demás no suban con él, ó al menos detrás de él. El genio se parece al águila, que carga sus polluelos sobre sus alas, y los lleva al sol, porque serían incapaces de ir solos. Sólo á Jesucristo no es dado el seguirle.

Se le ve cernerse sobre las cimas como los genios de este mundo. Como ellos tiene la elevación, la profundidad, la fecundidad; como ellos y más que ellos, lanza torrentes de luz humana. Luego de pronto sube más alto, penetra en las nubes, piérdese en una luz intensa, impenetrable, adonde nadie puede seguirle.

Y esto es lo que hace del Evangelio un libro incomparable. Juntándose la luz accesible y la inaccesible en el mismo discurso, siéntese uno á la vez arrebatado y echado por tierra. Adviértese por momentos que falta el terreno, pero no se asusta uno; se sabe con quién se sube. Cuando no se ve, se adora. Y luego, esa luz intensa, impenetrable en sí misma, ¡lanza tan hermosos rayos! Es como el sol, cuyo foco no se ve: el foco abrazaría los ojos; pero se ven los rayos que parten del foco, y son los que iluminan al mundo y que á todo prestan belleza.

Estos rasgos singulares, tan poco humanos en el seno de una naturaleza tan humanamente hermosa, han impresionado vivamente á todos los observadores que, hace dos siglos principalmente, han comenzado á estudiar á Jesucristo, no como antes bajo el aspecto exterior de su sér, sino bajo su aspecto íntimo. Ya Rousseau, en el siglo XVIII, después de un examen bien superficial, sin embargo, había dejado brillar su admiración en esta frase famosa: "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y

muerte de Jesús son de un Dios." ¹ En nuestros días, Napoleón no necesitó más que parar un instante sobre Jesucristo su mirada de águila para pronunciar estas palabras aún más hermosas: "¡Conozco á los hombres, y os digo que Jesucristo no era un hombre!" ² Goethe, el más universal y el más vigoroso, pero también el más pagano de todos los poetas modernos, llama al Cristo "el hombre divino, el santo, el tipo y el modelo de todos los hombres." ³ En América, Channing, que hizo tan grandes esfuerzos para destruir en el entendimiento de sus contemporáneos la idea de la divinidad de Jesucristo, no podía evitar el reconocer que había en Él algo que la presencia de la humanidad sola no explicaba. "¡Creo, decía, que Jesucristo es más que un hombre!" Y añade: "Los que no le atribuyen la preexistencia (esto es, que niegan su divinidad), no le miran en manera alguna para eso como mero hombre. Establecen siempre entre Él y nosotros profunda diferencia. Le consideran gozando de una intimidad particular con Dios, como revestido de dones, de bienes, de fuerzas, de socorros, de luces tales, como jamás las poseyó hombre alguno, y como brillando con una pureza sin man-

¹ ROUSSEAU. *Emile ou l'Education*, livre VI.

² BEAUTERNE. *Sentiments de Napoléon sur le Christianisme*.

³ GOETHE. *Entretiens avec Eckerman*, 3 vol., p. 371.

cha, suprema distinción del cielo. Conceden gustosamente que Jesucristo deja atrás todas las perfecciones humanas por su grandeza y por su bondad." ¹

Finalmente, los mismos que en este siglo han examinado muy de cerca el carácter de Jesucristo, pero con los ojos del odio; que se constituyeron enemigos públicos de Jesucristo: M. Strauss en Alemania, M. Parker en América, M. Renan en Francia, no han podido evitar el dejar escapar frases significativas: "El Cristo, dice Strauss, no podría tener predecesor que le aventaje, ni siquiera que pueda alcanzar después de Él y por Él, el mismo grado absoluto de la vida religiosa. Jamás, en tiempo alguno, será posible subir más alto que Él, ni imaginarse á nadie que le sea siquiera igual." ² Parker es todavía más explícito. "La divinidad que transpira á través del hermoso carácter humano de Jesucristo parece mostrarse á Él. Jesús difunde una luz nueva, brillante como el día, sublime como el cielo y verdadera como Dios. Filósofos, poetas, profetas y rabinos, por encima de todos se levanta. Y no obstante, Nazaret no era una Atenas en donde se respirase el ambiente de la filosofía; no había Pórtico ni Liceo; ni siquiera una escuela de profetas.

¹ CHANNING. *Discours sur le caractere du Christ*.

² STRAUSS. *Du Passager et du Permanent dans le Christianisme*. Altona, 1839, p. 137.

¡Dios está en el corazón de este joven!"¹ Es la conclusión de Parker. Hé aquí la de M. Renan: "Descansa ahora en tu gloria, noble iniciador. Tu obra está terminada....Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte que durante tu paso aquí abajo, vendrás á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería conmoverle hasta sus cimientos. Entre Tú y Dios no se hará distinción. Enteramente vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, adonde te seguirán, por el camino real que Tú has trazado, siglos de adoradores."²

Hé aquí en dónde nos hallamos. Hay en todos los observadores, aun los más distraídos, aun los más enemigos, una veneración involuntaria, una admiración creciente por la pureza imaculada, por la perfección moral, por la belleza de ese carácter sin segundo. Parece que se siente cada vez más y que se conviene en que es el más santo entre los santos en la historia de nuestra raza, el más grande y el mejor que ha pisado esta tierra. Se le encuentra hasta tan grande, tan bueno, y, después de pasados dieciocho siglos, tan vivo, que los mejores se preguntan involuntariamente si es

1. TH. PARKER. *Discours sur les matiéres relatives á la Religion*, p. 275.

2 RENAN. *Vie de Jesus* v. 426.

hombre, y sus enemigos mismos sienten, á pesar suyo, que la cuestión se presenta á su entendimiento. Ahora bien; que la cuestión se presente, que la duda nazca por sí misma, que se requiera un esfuerzo para alejar una cuestión que no se ofrece acerca de ningún otro hombre, ¿no es ya una presunción y como una primera prueba de su divinidad?

III

Pero sigamos y penetremos atrevidamente en las profundidades de este incomparable asunto. Todo esto no es más todavía que el peristilo y el pórtico. Sí efectivamente, Jesucristo es Dios, ¿cómo se habría contentado con dejar que su divinidad transpirase á través de su inteligencia humana, de su corazón humano y de su voluntad humana? ¿Acaso esa media luz podría bastarnos? Iba á pedirnos una fe absoluta; se requería, pues, que nos diese acerca de su divinidad pruebas proporcionadas á la grandeza de la adoración que de nosotros exigía. Y pues Dios, que nos ha hecho tan bellos dones, no nos ha permitido tocar á las leyes de la creación; pues que á fuerza de genio podemos cruzar las tempestades, pero no calmarlas; pues que no sabemos resucitar á nuestros muertos, ni aun á los más queridos, era necesario que

Jesucristo lo hiciera, y que después de habernos dejado entrever su divinidad á través del velo de su humanidad, á la manera de una luz sobrado viva que se suaviza bajo un hermoso globo de cristal, difundió algunos rayos de luz enteramente vivos, algunos de esos actos soberanos que no dejan duda á las almas de buena voluntad, y que las prosternan en la adoración.

Jesucristo lo hizo. ¿Recordáis el ciego de nacimiento curado, y Lázaro resucitado? ¿Recordáis el Tabor ó el Lago? Si estos hechos son ciertos, ¿acaso no hay en eso una explosión de la divinidad?

Mi intención no es, sin embargo, insistir en este momento acerca de la certidumbre histórica de esos hechos. Queremos saber si Jesucristo es Dios. Para eso tenemos dos medios: el primero, consiste en establecer que hizo verdaderos milagros, es decir, actos superiores á todas las fuerzas humanas, derogando todas las fuerzas de la creación; ¹ que los hizo frecuentemente, sin cesar, millares de veces; que los hizo á la luz de una publicidad deslumbradora, en las calles, en las plazas, ante sus amigos, á la vista de innumerables multitudes, bajo las ardientes y odiosas miradas de sus ene-

(1) Sobre la cuestión misma del milagro, recomiendo la lectura del admirable libro del P. Bonniot, *Le Miracle et ses Contrefaçons*.

migos; que esos milagros, de los cuales jamás dudaron sus contemporáneos, no hay manera humana de explicarlos; y que todas las imposibilidades físicas, metafísicas y científicas que contra ellos se alegan, nada absolutamente significan. Hé ahí el primer medio. Es el de la antigua apologética, que lo elevó á su perfección.

Hay otro, que es más hermoso, más en consonancia con nuestra obra. Consiste en hacer ver que esos actos, cualesquiera que sean, Jesús los ejecutó de manera sobrehumana. Consiste en mirarlos no en sus circunstancias internas, sino en sí mismos; en abrirlos como se abre una flor para que se exhale su aroma; y encontrar en ellos, bajo otra forma, la verdadera fisonomía de Jesucristo, su grande y luminosa mente, su corazón sublime, su prodigiosa virtud, y como una impresión más elevada de su divinidad. Era necesario ser Dios para ejecutar tales actos; pero todavía era más necesario ser Dios para hacerlos como los hizo. Hé ahí el segundo medio. Lo preferimos al otro, y es el que vamos á emplear en este momento. Ofrece menos cuerpo, para los que investigan y dudan, á las argucias de la mente; abre vasto horizonte á las intuiciones del corazón; apela en esto á la conciencia, verdadero juez en estas materias, y, por todas estas razones, resulta maravillosamente á propósito para hacernos

dar nuevo y decisivo paso en el conocimiento de Jesucristo.

Pregúntase alguna vez de dónde venían al Salvador su popularidad y el éxito de su obra; y siéntese uno tentado á responder: Es debido á sus milagros, que, mostrándole superior á la naturaleza, todo lo prosternaban á sus pies. Esta respuesta es cuando menos harto incompleta. Jesucristo habría podido no hacer milagro alguno, sin que por ello el mundo se prosternara menos á sus pies; y por otra parte, aun cuando hubiese hecho mil veces más, y más brillantes, si no hubiese añadido á tales actos la belleza moral, la dulzura, la discreción, la ternura infinitas que á ellos añadió, en lugar de atraer á Sí las almas, las habría asustado y alejado. "En la mente de los antiguos, dice un profundo observador, el poder sobrenatural no se hallaba invariablemente ligado á la idea de Dios y del bien. Se le miraba como cosa propia de los espíritus malignos lo mismo que de los buenos, y con frecuencia inspiraba horror, tanto como respeto. Cuando el Cristo ejercía ese poder, la primera impresión que recibían los espectadores era una impresión que los turbaba y les causaba alarma; sentíanse menos inclinados á la admiración ó á la adoración que al deseo de escapar pronto á un poder tan formidable. Los Gadarenianos conjuran al Cristo para que se aleje de sus orillas. El mismo Pedro le

hace la misma petición, y esto en tiempo en el cual conocía él sobrado bien á su Maestro para equivocarse por entero en lo tocante á su carácter y á sus designios.

"Desplegados con toda libertad, aquellos poderes sobrenaturales eran, pues, más propios para dificultar el plan de Cristo que para auxiliarlo. El sentimiento de verse en manos de un Maestro divino es saludable y ennoblecedor; pero la acción inminente de una fuerza abrumadora oprime la libertad y la razón. Si el Cristo se hubiera valido sin reserva del poder sobrenatural, como parece que sus compatriotas lo esperaban de él, y como parece que se hallaban autorizados á esperarlo por las antiguas profecías que representaban al Mesías gobernando á las naciones con vara de hierro y estrellándolas como el vaso del alfarero, no imaginamos que se hubiera podido cumplir una redención entre los hombres. El poder sobrenatural habría tornado vanas, en lugar de secundarlas, la sabiduría y la bondad que lo ejercían; habría encadenado y helado las facultades de aquéllos sobre quienes se ejercía. El Cristo evitó cuidadosamente esto. Se impuso extrema reserva en el uso de su poder sobrenatural. Adoptó el principio de que había sido enviado, no para destruir la vida de los hombres, sino para salvarlos, y en la práctica se abstuvo estrictamente de hacer á nadie mal ó daño algu-

no. Perseveró tan firmemente en esta conducta, que acabó por ser generalmente comprendida. Cada cual sabía que este rey, cuyas pretensiones reales eran tan brillantes, poseía una paciencia sin límites, y que soportaría las más punzantes críticas, los más violentos y más malignos ataques. Discutían sus pretensiones y su carácter con entera libertad. Lejos de mirarle con aquel excesivo temor que habría impedido á los oyentes escuchar su doctrina con sentido, aprendieron poco á poco, aun reconociendo su extraordinario poder, á tratarle con intemperante viveza, la cual no se hubieran atrevido á mostrar á un enemigo. Por una inconsecuencia extraña, le acusaban de connivencia con el Diablo; en otros términos, le declaraban capaz de obrar infinito mal; y sin embargo, le temían tan poco, que siempre se hallaban á punto de provocarle á emplear contra ellos todo su poder. A decir verdad, le creían desarmado, por su propia voluntad, de la fuerza que le era propia, y tenían razón; no castigaba su malicia más que con frases de reconvención, y así cobraron poco á poco valor para atacar la vida de Aquél cuya milagrosa protección no ponían ellos en duda.”¹

¹ Estas palabras están tomadas de una obra anónima publicada, algunos años há en Inglaterra, con el título: *Ecce Homo*. M. Guizot tradujo y citó en apéndice, en sus *Meditations sur l'essence de la Religion chrétienne*, muy notables fragmentos.

Nótense esos juicios hermosísimos y muy nuevos de un autor protestante. Es todo un aspecto de la maravillosa fisonomía de Jesucristo que aparece iluminado. No solamente se hacen hoy conquistas en el dominio de la ciencia; hácese también en el de la crítica. Hé aquí una. Ese voluntario desarme del Cristo; esa discreción infinita lo mismo por sabiduría que por amor; ese poder formidable que todo el mundo reconoce en Él y que á nadie causa miedo; esa convicción que poco á poco se hace general de que es incapaz Él de abusar de aquel poder, y esas multitudes que se hacen atrevidas hasta atacar la vida de Aquél cuyo milagroso poder no ponen en duda: todo eso, repito, es nuevo, profundo, y arroja sobre la fisonomía de Jesús un rayo de luz juntamente de los más suaves y de los más vivos.

Este poder, que tan bien contenía Él, y que soberanamente llevaba cuando se trataba de Él mismo, hasta el punto de que ninguna provocación, ningún peligro, ninguna traición, ningún desprecio era capaz de decidirle á usarlo en favor suyo, hay sin embargo un caso en el cual se le escapaba; era cuando se trataba de hacer bien á los demás. Encontraba un pobre, ó un enfermo; entonces aquel poder divino brotaba de su corazón como brotan los actos de amor, más rápido que el relámpago. A veces diríase que no era Él el señor, como en la incomparable

historia de aquella pobre enferma que se acerca humildemente por detrás, diciendo: "¡Si pudiera tan sólo tocar la orla de su vestido, quedaría curada!" Hasta en ciertos momentos, veíanse lágrimas en Jesucristo, súbitos estremecimientos, una turbación singular que daban testimonio de la intensidad de su amor. ¿Quién no recuerda aquel vivo arranque que le lleva á Naín, cerca del féretro de aquel hijo único y de aquella madre llorosa? ¿Quién no advirtió su emoción tan contenida pero tan profunda, cuando resucita á la hija de Jairo? ¿Cómo olvidar el extraordinario sobrecogimiento que siente en el sepulcro de Lázaro? Mas ni aquellas turbaciones, ni aquellos tiernos arranques del más sensible de todos los corazones no penetraban en la región tranquila en donde residía su milagroso poder. Así como se le ve siempre sereno en medio de los más altos misterios, permanece tranquilo obrando los más grandes milagros. "Resucita los muertos, como ejecuta las acciones más comunes; habla como maestro á los que duermen un sueño eterno, y se advierte claramente que es el Dios de los vivos y de los muertos; nunca más tranquilo que cuando ejecuta las cosas más grandes."¹

Poco á poco, con aquel poder sublime y con el uso todavía más sublime que de Él ha-

¹ MASILLON, *Sermon sur la divinité de Jesus-Christ.*

cía, se formó sobre la frente de Jesús una auréola de nuevo género. "Esa reserva en el uso de su poder sobrenatural, concluye el autor inglés á quien hemos citado, es la obra maestra del Cristo. Es un milagro moral añadido á un milagro físico." El reposo en la grandeza, y, añadido yo, lo inerte en la fuerza, hacen de Él la más majestuosa figura que se ha ofrecido á la imaginación humana.

Pero si ese poder milagroso únicamente se desplegaba en el amor mediante los arranques del amor más tierno, más misericordioso, más delicado y más fuerte, unido al más asombroso olvido de sí mismo, no era tan sólo por eso por lo que Jesús encantaba á las multitudes. Advertíase también su sublime inteligencia. No se contentaba con curar, subía más alto, hasta las almas. A decir verdad, jamás pensaba en otra cosa que en ellas. A través de los males del cuerpo, es indudable que Jesús veía á las almas enfermas. Veía la parte dolorida del alma que había engendrado un punto dolorido en el cuerpo. Allí, es en donde aplicaba Él su elevado y bienhechor poder. Sus milagros no eran tan sólo actos extraordinarios, puesto que cabe haber actos de este género que no son iluminadores; ni siquiera tan sólo actos de compasión y de bondad: eran actos más profundos, y en los cuales se desplegaba toda su fuerza redentora. El Salvador de las almas, el Redentor, se

hallaba vivo y visible á través de estos milagros. Igualmente, antes de ejecutar alguno, quería que las energías divinas que hay en las almas se despertasen y se uniesen á Él. *¿Creéis?* les decía. O bien: *¿Quieres ser salvo?* Y también: *¡Oh! si pudierais creer!* Solamente obraba cuando el alma enferma había intentado siquiera volverse al médico.

Mas, al obrar así, y en este ministerio augusto, ¿quién podrá referir la discreción de este ser para quien todas las almas eran transparentes? ¿Qué encantadora reserva! ¿qué delicadeza para no humillar á aquél cuyas llagas veía, sobre todo para no darlo á conocer á los que le rodeaban! ¿Qué medias palabras para iluminar al enfermo, sin revelar á nadie nada acerca de su estado: *¡Véte en paz, no vuelvas á pecar! ... ¡Muchos pecados se te han perdonado, porque has amado mucho!* Y otras mil frases en que se ve la mas encantadora discreción, y la más divina delicadeza! Del propio modo no podía dar un paso sin verse rodeado de todos los que habían tenido parte en sus bondades; de los enfermos á quienes había curado; de los leprosos á quienes había limpiado; de los poseosos á quienes había libertado del poder del demonio, y de una multitud de pecadores y pecadoras, á quienes, mediante un poder que no les humillaba, había salvado del vicio y de la degradación.

Al ver cómo entonces sucedían las cosas y al pensar en las preocupaciones de nuestros incrédulos modernos, en esas comisiones de físicos, de químicos, de médicos que exigen para demostrar los milagros¹, no puede uno menos de reírse como si se tratase de un ciego que discurriese acerca de la luz. No es el milagro lo que más encantaba á las multitudes; era el modo de hacerlos. "Aquél cuyo poder y grandeza aparecían con tanta brillantez en sus milagros hizo de ellos tan modesto uso y pareció darle tan escaso valor; vivió entre los hombres como si hubiera sido uno de tantos; les mandó que se amasen mutuamente y soportasen con imperturbable paciencia los asaltos de la calumnia; cuanto más sus enemigos se encarnizaban contra Él, tanto más permitiese en silencio sus ataques; que, en fin, los hombres le viesesen preso, torturado, entregado á la muerte, y negándose constantemente á usar en favor suyo del poder que no creía haber recibido más que para bien de los demás: esta mezcla de grandeza y de sacrificio, este supremo poder contenido por una voluntad suprema, esta inexplicable é involuntaria condescendencia, es lo que le ganaba los corazones y lo que fundó su imperio."²

¹ Véanse, acerca de este asunto, las Conferencias del P. Félix: "La Crítica y los Milagros de Jesucristo," etc.—(N. del T.)

² *Eccé Homo*, id., ibid.

Para eso no se requería una comisión de fisiólogos y de físicos. Jamás nada semejante se había presentado en el mundo. Nunca los hombres habían sospechado un personaje tan grande. "Le vieron sintiendo hambre, aunque le creyesen capaz de convertir en pan las piedras; vieron despreciadas sus reales pretensiones, por más de que, á su juicio, pudiera en un momento perder á todos los reinos de la tierra y su gloria; vieron en peligro su vida; viéronle expirar en medie de la más cruel agonía, aunque tuvieran conocimiento de que, si Él lo hubiera querido, ningún peligro habría podido alcanzarle, y que si se hubiese precipitado desde lo alto del templo, los ángeles le habrían recibido dulcemente en sus brazos. Testigos de sus sufrimientos, y persuadidos, á causa de los milagros que presenciaban, de que voluntariamente los endurecía, los corazones de los hombres se hallaban impresionados; la compasión hacia su debilidad se unía de extraño modo á la admiración de su poder sin límites; un movimiento de gratitud, de simpatía y de sorpresa que ninguna otra causa se hubiera podido despertar, se apoderaba de las almas; y cuando, relacionando los actos del Cristo con sus palabras, veían sus discípulos que el mismo desinterés que precidía á su vida era el principio que prescribía Él á la suya, su gratitud se manifestaba en gozosa obediencia, el desinterés engen-

draba el desinterés, y la ley, lo mismo que el legislador, veíanse grabados en los corazones mediante una misma é inseparable veneración." ¹.

IV

Estas últimas palabras nos llevan á considerar un nuevo rasgo, quizá el más hermoso, de la fisonomía de Jesucristo. Quiero decir, su santidad perfecta, la perfección inmaculada y soberana de su vida en medio de un mundo lleno de pecados y de manchas. Hemos contemplado ya su entendimiento, su corazón, su voluntad, sus actos; demos un paso más. Contemplemos su conciencia.

Habiéndola contemplado Pascal, se sintió presa de una especie de deslumbramiento, y su mano conmovida lanzó sobre el papel estas palabras que ofrecen sublime desorden: "Jesucristo fué dulce, paciente, santo, santo, santo á los ojos de Dios, terrible para los demonios, sin pecado alguno. ¡Oh! con qué gran pompa y prodigiosa magnificencia se ofrece á los ojos del corazón y de aquellos que ven la sabiduría."

Hé ahí efectivamente, el rasgo divino, y cuanto hasta ese momento hemos estudiado palidece ante la santidad de Jesucristo.

¹ *Ecce Homo*, id., *ibid.*

Pero lo que más me llama la atención en esa santidad única, no es la maravillosa eflorescencia de todas las virtudes, alcanzando cada una de ellas, su ideal en armonioso conjunto. No: es algo más delicado, más humano lo que en Él busco y no lo encuentro. Busco allí el pesar del pecado, el triste recuerdo de pasadas faltas, é igualmente las santas lágrimas del arrepentimiento, las firmes resoluciones de obrar mejor; todo ese lado divino del alma y de la conciencia humana. Hé ahí lo que busco y no lo encuentro.

¡Cosa extraña! Encuentro en Él las más elevadas cimas de la santidad, y no encuentro la base. ¿Qué significa esto, y quién me explicará este misterio?

San Juan decía que "aquél que se cree sin pecado es víctima de la más grosera ilusión." San Pablo se llamaba "el primero de los pecadores, un hombre vendido al pecado y en quien no se hallaba bien alguno." M. de Maistre decía: "No sé lo que es el corazón de un malvado: sólo conozco el de un hombre honrado: es espantoso." Así se explican todas las conciencias sanas. Imagínese un santo, aun el mayor de todos, y pónganse en sus labios estas palabras: "Soy santo, en mí no hay pecado!" Al punto cae de su pedestal, y la conciencia, indignada, se vuelve contra él y le arranca su corona. Es honor del hombre el no realizar el sueño de la

santidad como no realizar los demás sueños; el de tenerse impotente ante el ideal del bien como ante el ideal de lo bello; y en el momento en que estampa sobre el lienzo una obra maestra, como en el momento en que su noble corazón, rompiéndose, produce una virtud, el indignarse contra sí mismo y exclamar llorando: "Jamás llegaré ahí".

Hé aquí sin embargo, una excepción. Hay un hombre que dijo cierto día: "Soy santo;" un hombre que dijo: "¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?" Hay un hombre, el más humilde, más puro, más clarovente de todos, que dijo: "Sed santos como yo soy santo;" sin que esa extraña afirmación, veinte veces repetida, haya quitado nada á la auréola que rodea su frente. Y no sólo no se podría, en toda su vida, sorprender un solo momento de vacilación en la afirmación serena de su perfección absoluta, sino que este hombre, que por donde quiera aparece con el más vivo sentimiento de la culpa, que ansía el arrepentimiento de toda la humanidad; que pasa su vida clamando en las plazas públicas: "Convertidos, haced penitencia;" que, tocando á los ojos de los ciegos, á los miembros de los paralíticos, parece no conmoverse más que por sus pecados; *Id en paz, vuestros pecados os son perdonados... Id, no volváis á pecar!*: este hombre, digo, no deja nunca traslucir la más leve malicia de que pueda necesitar perdón para

sí mismo. Jamás golpea su pecho; jamás derrama una sola lágrima de arrepentimiento, ni en el huerto de las Olivas, ni en el Gólgota; jamás se duele de uno solo de sus pensamientos, ni de una sola de sus acciones. Dice á sus discípulos: "*Vosotros*, cuando oréis, habréis, de decir: "Padre Nuestro, que estas en los cielos, perdónanos nuestras deudas." Jamás ruega Él de esa manera. Finalmente, hombre como nosotros, obrando como hombre, viviendo, sufriendo, muriendo como hombre; más diré, tentado como hombre, rodeado de culpas, teniéndolas el más vivo horror, ansioso de la salvación de toda la humanidad, en ninguna parte se le ve ocupado de su propia salvación. Posee una conciencia virgen, inmaculada, dotada de una serenidad y de una paz sublimes, en la cual no se halla ni un pesar, ni un remordimiento, ni un temor; y la pura respiración de su pecho, la inefable luz de su mirada, la tranquilidad divina de su alma murmuran sin cesar: "Santo, santo, santo, inocente, separado de los pecadores."

Esta convicción que Jesucristo tenía de la pureza perfecta de su alma, la tienen igualmente todos sus contemporáneos, aun los que más de cerca se le aproximan. ¡Qué digo! cuanto mayor es la familiaridad en que viven con él, más prosternados se nos ofrecen en una admiración sin igual. La perfección de su Maestro les impresiona, desde el primer día, con una persua-

ción instantánea y que no deja de ir en aumento. Se hallan á sus pies, y arrastran allí consigo al mundo. No que, como hemos advertido, se deshagan en alabanzas, en gritos de admiración acerca de sus virtudes; ni aun piensan en eso. Refieren humilde, sencillamente, sin frases, sin comentarios, lo que han visto. Mas lo que han visto es tal, que cuando se lee el Evangelio, las palabras de Pascal, en su penetrante emoción, suben al corazón involuntariamente: "Jesucristo fué humilde, paciente, santo, santo, santo á los ojos de Dios, sin pecado alguno."

Es la impresión que sus mismos enemigos experimentaban. Comprendiendo, con este instinto superior del odio, que ninguna falta es compatible con el ministerio que Él se atribuye, pasan el tiempo espíandole y tendiéndole lazos. Como viajero retrasado en noche de invierno, se ve seguido por manada de lobos; si da un paso en falso, está perdido. De este modo Jesús cruzó la vida, rodeado por los fariseos que tratan de arrancarle una frase, un acto imperfecto ó culpable, y la prueba de que no lo consiguen, está en que acaban por la violencia. En cuanto á Él, siempre puro y amable, siempre tranquilo, resplandeciente de paz interior, sólo contesta á sus emboscadas con esta frase adornada de tan real santidad: "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?" Nadie lo había di-

cho antes de Él, y nadie se atrevió á repetirlo después.

Y este reto no lo dirige tan sólo á sus enemigos de Jerusalén; lo dirige á la humanidad de todos los tiempos y de todos los siglos. Sobre esta frase asienta su Iglesia. Ahí está su base granítica. Tiene por piedra angular el diamante de la pureza inmaculada de Jesús. Supóngase, efectivamente, que se llegase á descubrir una impostura en la vida de Jesucristo; una caída; ¡qué digo! una de esas faltas que á millares se encuentran en esta vida: tendríamos la Iglesia destruida. De esta majestuosa fábrica de la cual han brotado, al calor de la virtud de Jesucristo, tantas virtudes, nada quedaría. Hecho único, que levanta á Jesucristo hasta una altura incommensurable por encima de los más grandes hombres de este mundo. Porque ¿cuál de ellos se vió sin pecado? ¿Cuál ofreció su pureza inmaculada como base para una obra que cuenta dieciocho siglos? ¿Quién ha identificado de tal manera su vida con la belleza moral, que alejarse de ella es alejarse del bien, y el copiarla es alcanzarlo? En este concepto, Jesucristo no tiene parecido ni rival. Es único, y, por sólo el hecho de su pureza inmaculada, se nos ofrece, entre los demás hombres, como en sublime soledad.

¿Hay necesidad de añadir ahora que la santidad de Jesús no es puramente negativa? Lo

que la caracteriza, no es tan sólo la ausencia de todo pecado; es el brote de todas las virtudes. Todas se hallan en Él, y cada una de ellas alcanza su desarrollo total, llena su ideal por entero, es tan perfecta en flores, frutos y aromas, que todo el esfuerzo de las grandes almas consistirá en seguir de lejos esa marcha, ese progreso, sin alcanzar jamás á él. Y aun cuando cada virtud se halle en Él en su pleno y absoluto desarrollo, no daña á la virtud contraria; la llama. De suerte que en Jesucristo no se ve nunca una sola virtud á la vez: vense siempre dos, enteramente opuestas, tan hermosa la una como la otra, de lo cual resultan los contrastes más inesperados, que acaban por resolverse, como hemos visto, en las cualidades de su mente y de su corazón, en una perfecta armonía. ¿Quién, por ejemplo, fué más austero que Jesucristo? Y, no obstante, ¿quién fué más tierno? ¿Quién le aventaja en el sentimiento de su gloria interior? Y sin embargo, ¿quién fué más humilde? "Esta unión del espíritu de humildad, en su forma más profunda y más delicada, con la conciencia de una gloria incomparable y divina, decía Channing, es el sello distintivo más maravilloso de este maravilloso carácter."¹ Ahora mismo admirábamos en Él al inocente, al inmaculado; ¿en dónde hallar, sin embargo, un penitente más aus-

¹ *Discours sur le caractère du Christ.*

tero? ¿Quién como Él ha conocido la miseria humana? ¿y quién alguna vez amó más al hombre? ¿quién le despreció menos? ¿quién esperó de él más? "Er. cuanto á mí, dice M. Guizot, nada me admira más, en los Evangelios, que aquel doble carácter de severidad y de amor, de austera pureza y de tierna simpatía que aparece y vive constantemente en los actos y palabras de Jesucristo."¹

Finalmente, tórnense todas las virtudes, las bellezas de alma más opuestas y más contradictorias al parecer. Cítese una y se verá brotar la otra; y en tanto que uno se pregunta cuál es la más hermosa, se las verá fundirse en tan perfecta proporción, en tan pura armonía, que quedaríamos encantados.

Todo eso sin que se vea esfuerzo ni vacío. No hay en Él esos momentos en los cuales vuelve á encontrarse el hombre; tampoco esos instantes en los cuales el hombre se hace superior á sí mismo mediante honroso esfuerzo, pero que no es durable. Sube sin trabajo á la cumbre de las más elevadas virtudes. O, más bien, no sube, está allí, con perfecta naturalidad, con singular sencillez. Digo singular, porque esa naturalidad y esa sencillez forman su verdadera originalidad. Juan Bautista seguramente es una de las más grandes almas que se han visto.

¹ GUIZOT, *Méditations sur l'essence de la Religion chrétienne*; 1864, p. 274.

Párase uno lleno de emoción ante ese gigante de la penitencia. Mas nada original hay en él. Es continuador del tipo profético; se parece á Elías, á Eliseo; su santidad es del mismo orden. Jesucristo es enteramente otro. Allí, nada de piel de una bestia rodeando los riñones, nada de miel silvestre, ni austeridades que amedrenten. Todo es sencillo, llano, común; pero, si bien se mira, se advertirá una virtud que sobrepaja á todo, jugueteando; un fondo intenso de humildad, de desprendimiento, de penitencia, de desprecio del mundo, de caridad con los hombres, de unión con Dios, que no parece casi nada al primer golpe de vista, pero que en seguida desespera á los que intentan acercársele. Es en el orden de las virtudes, lo que son, en la esfera del pensamiento, aquella sencillez, aquel buen gusto, aquella flor de belleza, aquella sobriedad exquisita que se advierte en los más grandes genios de la Grecia. Creese que no hay más que cortar la pluma para escribir como ellos, y al momento se sabe, arrojándola con enfado, lo que cuesta alcanzar esa naturalidad.

Además, como el dolor es la piedra de toque de la perfección, éste no se le ha negado. Todas las pruebas van sobre Él para hacer brillar todas las virtudes. Había dicho: *¡Bienaventurados los pobres!* y hé ahí que se le expone desnudo en una cruz, sin lograr que se altere la

serenidad de su rostro. Había dicho: *¡Bienaventurados los mansos!* y se le ata á una columna, se ve inhumanamente flagelado, abofeteado, insultado, sin que de Él se logre una queja. Había dicho: *¡Bienaventurados los misericordiosos!* y cuando Judas le entregó con un beso, cuando Pedro le niega, cuando los verdugos le escupen en el rostro, no tiene más que una frase, una mirada, un ruego, las palabras del perdón y del amor. Había dicho: *¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia!* y después de haberlo dado todo al mundo: su entendimiento, su corazón, su vida, recibiendo en cambio el suplicio y la infamia de la cruz, siente el estremecimiento de la dicha. ¡Ah! es una hermosura, cuando se practica el bien en este pobre mundo, el no pedir la recompensa. Doblamos la rodilla ante los que de sí mismos se olvidan sacrificándose, y ante los que, más dichosos aún, se ven olvidados por aquellos á quienes más amaron. Mas verse odiado por ellos, por ellos perseguido; hacer el mayor bien posible; dar á los hombres la propia vida por entero, la más pura, la más elevada de todas; no recibir por ello recompensa; no recoger sino la ingratitud; sucumbir bajo el peso de los beneficios hechos, sentirse por ello dichoso; jamás se vió nada tan grande en el mundo. Sí, veo la divinidad de Jesucristo. Le contemplo en la cruz, habiendo obrado el bien, merced al

impulso del amor más puro que jamás se vió, habiéndolo hecho al precio de los mayores sufrimientos, y pagado con la ingratitud; y digo que ahí está la cumbre sublime de la belleza moral y de la virtud. ¿Qué es la muerte de Sócrates comparada con ésta? ¿Qué vale el ideal del justo, que padece, de Platón, comparado con esta realidad? ¡Comprendo perfectamente la frase de Rousseau: "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios!"

Cuando conmovido por una virtud tan elevada, tan constante, tan sostenida en la vida y en la muerte, tan sencilla al mismo tiempo y tan natural, y en una palabra, tan perfecta, inquiere cuál era su causa; cuando, después de haber seguido el curso de ese hermoso río, trato de remontar hasta su fuente, y, para comprender al hombre exterior que me asombra, de penetrar hasta el hombre interior, ¿sabéis lo que encuentro? Diríase que hay en Él, en lo más íntimo de su alma, no sé que huésped invisible que no le abandona. *Jamás me deja solo*, dice, hablando de Él. En tanto que los hombres imponen silencio, para recoger sus palabras, Él también lo impone; mas es para escucharlo. Habla con Él como un confidente. Contempla su faz, para todos invisible, menos para Él mismo. Es un trato íntimo con otro; hasta el punto de que en los momentos solemnes, como un hom-

bre que pensase en alta voz, deja escapar frases que no son sino fragmentos desprendidos del misterioso coloquio que se continúa interiormente. *Bien sabía Yo*, decía Él en la tumba de Lázaro, *que Tú me oyes siempre*. Y en el huerto de las Olivas: *¡Si fuera posible que este cáliz se apartase de Mí! No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y en la cruz: *¿Por qué me has abandonado?* Diríase que hay otro Él mismo sobre Él, y sin embargo, su igual, á quien adora en silencio, á quien ama sobre todo lo demás, del cual es amado, y con el cual vive en aquella tierna unidad de la cual dijo: *Él y Yo no somos más que uno*.

Además, no hace misterio de esta intimidad interior. Es inagotable cuando intenta hacer conocer á sus discípulos la inefable relación que le une con Aquél invisible más vivo, más presente, más familiar, más visible para Él que el más tierno de sus Apóstoles: *Mi Padre*, así es como le llama, *me ama..... Como mi Padre me conoce, así conozco Yo á mi Padre..... Las palabras que os digo, no las digo de Mí mismo; las he aprendido de mi Padre..... Mi alimento consiste en hacer la voluntad de mi Padre..... Yo y mi Padre no somos más que uno*; y una porción de palabras semejantes que en seguida veremos.

Mas, ¿cuál es, pues, esa relación que existe entre Él y su Padre, esa plena y perpetua morada de Dios en Él? ¿No es más que la relación

que nosotros mismos tenemos con Dios, relación más elevada ciertamente, pero semejante? ¿Es otra cosa? ¿Quién nos lo dirá? ¿Quién lo sabe, sino Él? Vamos, como podemos, de lo exterior á lo interior; sospechamos, entrevemos; pero, al llegar á cierto límite, la mirada expira. Si Dios esta allí, que lo diga. ¡Hemos penetrado hasta el tabernáculo! ¡Oh, Dios, abridlo! ¡Decid si estáis en él! ¡Oh, Jesús! ¿no sois más que un santo, un justo, un hombre más tierno, más profundamente unido con Dios? ¿Hay otra cosa? ¿Hay más? Hablad, hablad. Ya es tiempo, y nuestros corazones, preparados para oíros, responderán á vuestras palabras con el silencio de la adoración y con el gozoso ímpetu del amor.

V

Era ya singular y sorprendente revelación de su verdadera naturaleza aquel gran nombre de *Hijo del hombre*, del cual hablábamos poco antes, que Jesús usaba sin cesar, y que se encuentra más de ochenta veces en los Evangelios. Porque ¿de dónde le habría podido venir aquella singularidad sublime de no ser únicamente un hijo del hombre, como todos los descendientes de Adán, sino de ser *el Hijo del hombre*, el hombre perfecto, en quien se cumple, y sólo por esta vez, el ideal humano? ¿Cómo sólo Él ha realizado cuanto encierra la idea del hombre?

Y ¿cómo se cree Él y se llama, á causa de eso, la cabeza de la humanidad, la cual sólo Él puede levantar, curar, iluminar, á condición de que á Él se una? "El Padre le dió todo poder, porque es *el Hijo del hombre*."¹ "*El Hijo del hombre* vino á buscar y á salvar lo que había perecido."² "Si no coméis la carne *del Hijo del hombre*, y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros."³ "Que aquél que quiera ser el mayor sea vuestro servidor, pues *el Hijo del hombre* no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida en rescate de muchos."⁴

Todos estos textos y otros muchos, que expresan unos su elevación sobrehumana por encima del nivel universal, otros su interesante condescendencia y su voluntario abatimiento para llegar hasta nuestra raza caída, forman, á nuestro ver, el frontispicio y como el pórtico brillante de su divinidad.

Pero si se decía *Hijo del hombre*, se decía, más claramente aún, *Hijo de Dios*, su *Hijo único*, engendrado del Padre antes de todos los siglos, bajado del cielo, y único capaz de volver á Él y de hacer ir con Él al género humano.

HIJO DE DIOS, es el nombre que todos murmuran en torno de Él, sin despertar en esta al-

1 JOAN, V, 27.

2 MATTH, XVIII, 11.

3 JOAN, VI, 53.

4 MATTH., XX, 27.

ma tan humilde el menor asombro ni la menor resistencia. Pedro cae de rodillas y le dice: "Tú eres Cristo, *Hijo de Dios vivo*."¹ Marta: "Sí, Señor, creo que eres el Cristo, *Hijo de Dios vivo*, que has venido á este mundo."² Tomás, después de haber tocado las llagas de sus pies y de sus manos: "Tú eres mi Señor y *mi Dios*."³ Y todos los apóstoles, cuando hubo calmado la tempestad: "Verdaderamente eres *el Hijo de Dios*."⁴

¿Qué responde Jesucristo á todo eso? ¿Por ventura se asombra? ¿Acaso se extremece dolorido é indignado, al ver que se da á la criatura el nombre sagrado é incommunicable de Dios? Tres años más tarde, cuando los pueblos, conmovidos por la doctrina y milagros de Pedro y de Bernabé, se arrojan á sus pies para adorarles, Pedro se indigna, Bernabé rasga sus vestidos, y del honrado corazón de los dos Apóstoles brota una exclamación: "Hermanos míos: ¿qué hacéis? nosotros no somos más que hombres." Recordemos también las delicadas precauciones tomadas por Juan Bautista para no engañar al pueblo. Dice sin cesar: "No soy el Cristo: no soy Aquél á quien esperáis." ¿Y quién ignora la cólera de Moisés, y su noble

1 MATTH., XVI, 13-17.

2 JOAN, XI, 27.

3 ID., XX, 28.

4 MATTH., XIV, 25.

indignación, y el cuidado de ocultar su sepultura, para no arrebatarse á Dios la gloria que le pertenece? Aquí nada hay parecido. Todos le llaman Dios. Y este Sér, tan puro y tan humilde, tan santo, tan perspicaz, se deja tranquilamente llamar *Hijo de Dios* y adorar como tal.

Y no solamente acepta este título, sino que felicita, aclama y recompensa á quienes se lo dan. “Bienaventurado eres, dice á Simón, luego que confiesa la divinidad del Cristo; porque no es la carne, ni la sangre, es decir, la preocupación, la ignorancia y las pasiones, quienes ponen esta confesión en tus labios, sino mi Padre que está en el cielo. Y por eso te digo: Que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.”¹

Jesucristo hace todavía más que aceptar ese título y felicitar á quienes se lo dan; Él mismo lo toma, provoca á aquéllos á quienes quiere salvar ó curar á que se lo den. Dice al ciego de nacimiento: “¿Crees en el Hijo de Dios?” Y el ciego, levantando hacia Él sus ojos recién abiertos, contesta: “¿Quién es, para creer yo en él?” Y Jesús replica: “TU LO HAS VISTO, Y EL QUE TE HABLA, ÉL ES.” *Vidiste eum, et qui loquitur tecum ipse est.* Y entonces el ciego se prosterna y le adora. *Et prociens adoravit eum.*²

1. MATTH., XVI, 13-17

2. JOAN, IX, 35-41.

¿Qué más se quiere? Si Jesucristo no es Dios, ¿no hay en eso una provocación al crimen?

Y para que no se pensase que aquel nombre de Hijo, no solamente lo tiene como nosotros, que somos hijos de Dios por adopción, ó á la manera de esos grandes hombres á quienes se llama divinos, se presenta claramente como *Unigénito* de Dios. Dice á Nicodemo: “Tanto amó Dios al mundo, que le dió su UNIGÉNITO, *ut Filium suum unigénitum daret*, el Unigénito por naturaleza, *unigénitum a Patre*, el Hijo que está en el seno del Padre, *qui est in sinu Patris.*”¹

Y lo que dijo á Nicodemo en el secreto de una conversación íntima, lo hizo tema ordinario de sus predicaciones en Jerusalén. Afirma su filiación divina, absoluta y eterna, su unidad de esencia con el Padre, en tales términos, que á cada instante los judíos se estremecen, se sublevan, se tapan los oídos, cogen piedras para apedrearle. Y cuando Jesús les dice: “Ante vosotros hice varias obras buenas; ¿por cuál me apedreáis?” saben muy bien contestar: “No es por ninguna buena obra, sino por tu blasfemia, pues que siendo hombre, te haces Dios.”²

Le llevan ante los tribunales, y ni ruegos, ni amenazas, ni súplicas por parte de las almas conturbadas, ni la perspectiva del último su-

1 ID., III, 16.

2 ID., X, 24-37.

plicio, le hacen variar un instante: "Si eres el Cristo, dínoslo." Y Jesús contesta: "Si os lo digo no me creeréis." Los sacerdotes replican: "¿Eres, pues, el HIJO DE DIOS?"— "Sí, LO SOY" ¹

El gran sacerdote no se satisface con esta respuesta. Quiere plantear la cuestión con toda precisión, en toda su grandeza religiosa: "Te conjuro, en nombre de Dios vivo, que nos digas si eres el Cristo, Hijo de Dios." Y Jesús contesta: "Sí LO SOY." *Ego sum.* ²

Le llevan á Pilatos. ¿De qué le acusan? Tenemos ley, y según esta ley debe morir, porque se dice HIJO DE DIOS, *quia Filium Dei se fecit.* ³

El pueblo no entiende de otra manera su suplicio, y le insulta hasta en su agonía con este significativo apóstrofe: "Ea, baja de la cruz, si eres el HIJO DE DIOS." *Si Filium Dei es, descende de cruce.* ⁴

Así, Jesús se dice Dios, Hijo de Dios, verdadero Hijo de Dios. No se contenta con aceptar este título, y con felicitar y recompensar á quienes se lo daban. Él mismo lo tomó, en secreto, en público, en las calles de Jerusalén y ante los tribunales. Muere antes que renunciar á él.

¹ LUC., XII, 67.

² MATTH., XVI, 64.

³ JOAN, XIX, 4. 5.

⁴ MATTH., 40.

Muere por haberlo tomado. No hay que temer equivocación en este punto. Es lo que confiesa la ciencia más racionalista: "La expresión *Hijo de Dios*, dice M. Salvador, era de uso corriente entre los hebreos para designar al hombre de elevada sabiduría, de elevada piedad. *Jesucristo no la empleaba en ese sentido. No hubiera ella causado tan viva sensación.*" Y añade: "La cuestión ya suscitada en el pueblo era ésta: ¿Jesucristo se dice Dios? Mas el Senado, juzgando que Jesús, hijo de José nacido en Belén, había profanado el nombre de Dios, usurpándolo para sí, simple ciudadano, le aplicó la ley de la blasfemia; dictó la pena capital." ¹ Hé aquí el hecho, y ciertamente da que meditar.

Pero lo que llama la atención más aún que la novedad, la audacia, la fuerza creciente de esa afirmación, es, si así me atrevo á decirlo, su intrepidez lógica. Efectivamente, Jesús toma todos los títulos de Dios; reclama todos los homenajes á Dios debidos; y, ¿lo diré? ejerce todos los poderes de Dios. Hémos aquí en lo más vivo de la cuestión; porque cabe discutir acerca de un nombre, sobre el sentido hebraico de una expresión, aunque en ciertas condiciones de claridad, de precisión, como la que acabamos de citar, la discusión sea muy difícil. Mas no es ésa la cuestión. Jesucristo no solamente

¹ *Vie de Jesu-Christ*, t. II, p. 217.

tomó el nombre de Dios, de Hijo de Dios; se apropió sus funciones, sus actos, sus atributos necesarios y supremos. Hé ahí el punto en que la buena fe y la atención deben darse la mano para una solución definitiva.

Notemos primeramente que, llamándose Dios Jesucristo, se distingue claramente de Dios Padre que lo envió y cuyas obras vino á cumplir, á cuya voluntad se halla sumiso, al cual ruega, con el cual habla interiormente: *Mi Padre me ama.....Mi sustento consiste en hacer la voluntad de mi Padre.....Lo que á mi Padre agrada, lo hago siempre.....Rogaré á mi Padre..... ¡Oh Padre, sé que siempre me oyes! Hé ahí perfectamente establecida la distinción.*

Se distingue de igual manera claramente del Espíritu Santo, que en su bautismo se posó sobre Él, que infundió á sus discípulos, que prometió enviárselo como espíritu de verdad y de santidad con la plenitud de todos los dones: *Rogaré á MI PADRE, y os enviará OTRO CONSOLADOR.—Os digo la verdad; os conviene que me vaya; porque si no me voy, EL PARÁCLITO no vendrá á vosotros; pero si me voy, os lo enviaré.*

Jesús se distingue, pues, claramente del Padre y del Espíritu Santo. Jamás se distingue del Hijo. ¹ Nunca habla de Él como de un sér

¹ Los que se hallen versados en la crítica, fijense en la fuerza de esta observación. (N. del T.)

distinto. Él es este Hijo. Toma su nombre, y en un sentido que implica nada menos que la igualdad absoluta y substancial con el Padre y con el Espíritu Santo. Oigase y medítese esta página tan luminosamente profunda: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por *Mí*.” Felipe le dice: “Señor, muéstranos el Padre, y basta.” Jesús le dice: “Hace tanto tiempo que estoy con vosotros ¿y no me habéis conocido?” Felipe, el que *me* ve, ve también á *mi Padre*. ¿Cómo decís, pues: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que *Yo estoy en el Padre*, y que *el Padre está en Mí*? Creed al menos á causa de mis obras. En verdad, en verdad os digo, el que cree en *Mí*, hará también las obras que yo hago, y las hará mayores; porque voy al Padre, y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado *en el Hijo*. Si me amáis, guardad mis mandamientos, y *Yo* rogaré al Padre, y os dará *otro Paráclito*, para que more siempre en vosotros *el Espíritu de verdad* que el mundo no puede recibir; porque no lo ve y no lo conoce. Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y *nosotros* vendremos á él, y *nosotros* permaneceremos en él.” ¹

Hé ahí claramente las tres personas de la

Santísima Trinidad. Hé ahí su unión y su distinción. Y en estas tres personas, Jesús es el Hijo. En calidad de tal, afirma su preexistencia real y consciente antes de que existiese el hombre; ¡qué digo! antes de que el mundo comenzase. "*En verdad, en verdad os digo, antes de que Abraham existiese (comenzase á ser), EXISTO YO.*"¹ Y en la oración de la Cena: "*¡Oh Dios! glorificadme de nuevo con la gloria que en Ti he tenido, ANTES DE QUE EL MUNDO EXISTIESE.*"² Y de ahí todas estas expresiones extrañas y sublimes: *Yo soy la luz del mundo... El que me sigue no anda en tinieblas. Yo soy el camino, la verdad, y la vida... Yo soy el principio... Yo soy la resurrección y la vida... Yo soy el pan vivo bajado del cielo.* Frases que serían de un loco, si no fuesen de un Dios. Debieran haberle abrasado los labios, y las pronuncia con tranquilidad divina. En medio de tan nuevas declaraciones, no es posible descubrir en Él el más leve pensamiento de orgullo, de ambición ó de vanidad. Habla, obra con la sencillez y el ascendiente de la más patente verdad.

Y no solamente toma todos los títulos que sólo á Dios convienen; sino que, consecuente consigo mismo, todas las acciones de Dios las

1 Luc., VIII, 5-8.

2 Luc., XVII, 5.

ejecuta Él. Habla como Dios: *Se dijo á los antiguos, y Yo os digo.*¹ Manda como Dios: *Id; enseñad á todos los pueblos; enseñadles á guardar todo lo que os he mandado. HÉ AQUI QUE ESTOY CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS.*² Perdona como Dios: *¿Quién puede perdonar los pecados, decían los judíos, como no sea Dios?—Para que, pues, sepáis que tengo el poder de perdonar los pecados, levántate, Yo te lo mando.*"³ Y dirigiéndose á la Magdalena le perdona todos los pecados que había cometido contra Dios, como deuda contraída por ella con Él, y atendiendo al amor que á Él tiene. Finalmente juzga como Dios: anuncia que vendrá al fin de los siglos, en medio de las nubes, rodeado de poder y de gloria, y que, teniendo á todas las gentes reunidas y temblorosas esperando á sus pies la suerte de cada cual, dictará como soberano la sentencia definitiva.⁴

Y para coronamiento, después de haber tomado todos los títulos de Dios, después de haberse atribuido todos sus poderes, reclama todos sus homenajes. La fe: *Creéis en Dios, creed también en Mí.*⁵ La oración: *Cuanto pidáis á mi Padre en nombre mío, lo haré para*

1 MATTH., V, 21.

2 MATTH., V, 28.

3 LUC., V., 20-24.

4 MATTH., XXV, 31.

5 JOAN., XIV. 1.

que el Padre sea glorificado en el Hijo.¹ El amor: quiere ser amado sobre todas las cosas, más que un padre, más que una madre, más que una esposa, más que los hijos, amado con un amor que no ceda ante la muerte. Á los que mueran por Él les dará la vida eterna.²

¿Cómo no sentirse conmovido al pensar en el noble corazón de donde salían tales palabras; en el grande y sublime pensamiento que las pronunciaba; en la conciencia pura, inmaculada, luminosa, en donde se habían formado? ¡El más sabio, el mejor, el más santo de los hombres, resultaría, pues, el más perverso! ¡El más humilde y más modesto resultaría ahora el más orgulloso! ¡El hombre ideal, el hombre típico, el que había tenido todas las perfecciones de la humanidad, sería el más débil! Muy débil en efecto; si no es más que un hombre, él que se identifica, por su voluntad, por su esencia y por sus atributos, con el Dios infinito, en un sentido tan amplio, tan profundo, tan único, que ningún hombre podría hacerlo un solo instante, sin incurrir en blasfemia y en locura! Y las palabras que en labios de otros nos sublevarían, las palabras que causarían horror á las más hermosas almas, las cuales jamás nadie profirió, las encontramos enteramente natura-

1 ID., XIV, 14, 15.

2 MATTH., X, 39.

les en boca de Jesús. Todavía le parecían á Él más naturales. Se hallan tan admirablemente apoyadas por una vida y obras extraordinarias, que los mismos que no creen en Él no se atreven á acusarle de fraude, de vanidad ó de ambición. Esto choca con el humano sentir.

Y si después de todas éstas, se necesitare una prueba de la conciencia que de su divinidad tenía, no exigiría yo otras que su manera de proceder en la ejecución de su gran obra. Para iluminar y curar á los hombres, no tiene más que un medio: consiste en ofrecerse al mundo como objeto de fe, es decir, de amor, de admiración, de adoración; lo cual, para decirlo de paso, supone la conciencia de una superioridad tal, sopena de tal absurdo, que nos vemos obligados á reconocer, en quien así habla, presunción cuando menos en favor de sus derechos á ser adorado por el género humano. Sí, para curar á la humanidad, para curar sus llagas, para elevarla á la virtud, á todas las virtudes, Jesucristo no conoce más que un medio: Él, Él solo, amado, conocido, adorado. Si enseña, no es para exponer un sistema, es para manifestar su espíritu; si sufre, si muere, es para manifestar su amor. Y cuando dice en la cruz: *Todo está consumado*, es que efectivamente ha revelado su alma entera, y que desde aquel momento nada le resta que hacer. Deja en pos de Sí discípulos; mas no se vaya á creer que lo haga

para propagar sus ideas; es para predicarlo á Él mismo, para mostrarlo al mundo, hacerlo brillar como la luz, y, según la misma expresión de que Él se vale, servirle de testigos por toda la tierra. No da otra misión á sus discípulos, y durante dieciocho siglos, su Iglesia no ha cumplido otra.

Con frecuencia se ha intentado establecer un paralelo entre Jesucristo y esos grandes genios que, como Él, han reunido y formado discípulos, y el nombre de Sócrates se ha ofrecido por sí mismo á todos los entendimientos, porque tuvo también el honor de morir por la verdad. Mas la semejanza sólo es aparente; la diferencia es profunda y radical. Sócrates predicaba la verdad; Jesucristo se predicaba á Sí mismo. Sócrates juzgaba ilógica, ilegítima, toda adhesión á su enseñanza que hubiese procedido de la confianza en él, de la admiración tributada á su genio; Jesucristo quería que la convicción de sus discípulos tuviera por base una fe absoluta en su palabra. Sócrates, temiendo ser un obstáculo á la verdad, no se cansaba nunca de anonadarse y disimulaba cuidadosamente su superioridad, digno en eso de eterna memoria; Jesucristo, por el contrario, afirma sin cesar, con imperturbable serenidad, su superioridad absoluta y la necesidad de creer en Él. Si Jesucristo no estuviese muy por encima de Sócrates, debía serle muy inferior. Pero es que el uno en-

seña como hombre, y el otro como Dios. Y valiéndome del famoso giro de Rousseau, diré con gusto: Si la enseñanza de Sócrates y su manera de proceder para llevar las almas á la verdad son de un sabio, la enseñanza y procedimiento de Jesucristo son de un Dios.

VI

Penetramos todavía más. Acabamos de ver que Jesucristo no se había contentado con llamarse Dios, sino que había exigido todos sus derechos y todos sus homenajes. Pero, entre esos homenajes, hay uno que exigió Él con singular insistencia, que de soberana manera obtuvo, y que le señala con un rasgo exclusivo. Quiero hablar del amor que Jesucristo exigió de los hombres; amor tan completo, tan elevado, tan absoluto, tan heroico, que la sola idea de exigirlo supone la conciencia de la más divina de las superioridades, y no se admira uno de que lo haya obtenido, habiéndose atrevido á exigirlo. Y como si todo el buen sentido humano debiera ir por tierra cuando se trata de este Sér extraordinario, al propio tiempo que exigía el amor de los hombres, se profetizaba á Sí propio su odio, un odio tan sublime como su amor. Y lo que Él decía se cumplió. A la vez amado y aborrecido; adorado y escupido; objeto de un amor que llega hasta la locura, y de

un odio que llega hasta el furor; amor y odio que dieciocho siglos no han sabido satisfacer ni explicar. ¡Oh Jesús! voy como puedo, investigando vuestra divinidad. La he visto primeramente transpirar, suave y como medio velada, á través de la deslumbradora belleza de vuestra fisonomía humana. Ahora parece que irradia. Las nubes se han disipado. El cielo está sereno. Brilla el sol; hablo del sol de vuestra divinidad, ¡oh, Jesús! Ayudadnos todavía un poco, para que no nos armemos contra Vos con el único recurso que nos queda: el cerrar voluntariamente los ojos y decir al mismo sol: no te veo.

Hemos referido en esta historia las principales circunstancias en las cuales Jesús ofreció la singular pretensión de ser amado, de ganar y conquistar todos los corazones. Pues bien, en esa pretensión advierto tres cosas que, reunidas, constituyen un fenómeno único en la historia de los sentimientos humanos.

Es la primera, que Jesucristo ha querido ser amado *por todos*. ¡Ay! nos cuesta buen trabajo el vernos amados por algunos: ¿cómo pensar en hacernos amar por todos? Y además, ¿quién lo ha pensado? Nadie, ni aun los fundadores de alguna religión; ¡de tal manera, en este difícil asunto, sentía cada cual su irremediable miseria! Y por otra parte, ¿acaso, para ser dichosos, necesitamos vernos amados de todos? Cuando

niños, despertamos á la vida, bajo las miradas de un padre, de una madre, rodeados de hermanitos y hermanas que juegan y cantan con nosotros; esto basta durante mucho tiempo á las aspiraciones de nuestro corazón. Más adelante, cuando hemos crecido, buscamos entre los compañeros de nuestra juventud algunas almas que simpaticen con la nuestra, y cuando hemos hallado una nos creemos dichosos. Y por último, cuando llega esa edad más ardiente á la vez y más formal, en la que aquellos primeros encantos ya no pueden bastar, ¿qué es lo que se dice? Llegará día en que tenga yo una casa, un hogar tranquilo y puro, algunos pocos amigos, y si Dios permite que halle un cariño noble, elevado, fiel, es lo bastante para mi dicha. Y cuando eso se posee, ciertamente, pueden venir las borrascas, la pesada carga de los humanos quehaceres puede obligarnos á doblar el cuello, mas no se sucumbe; porque se tiene un abrigo, un puerto y un sostén. Tal es el corazón humano. Necesita torrentes de luz, torrentes de gloria, torrentes de dicha. ¡Mas tratándose del amor, que halle una gota, y basta! Cuando, pues, vemos á Jesucristo entrando en el mundo de manera enteramente distinta, declarando que quiere ser amado *por todos*, siéntese ya profundo asombro.

Y no obstante, eso todavía no es nada. No solamente quiere Jesucristo verse amado por to-

dos, sino que quiere que le ame cada cual *sobre todas las cosas*; exige el amor más grande, el amor más generoso; un amor que arranque al hombre de los placeres; que, en ciertas circunstancias, llegue hasta el testimonio de la sangre. ¡Qué digo! pide al hombre un amor que haga palidecer á todos los demás amores.

Supongo que sois niño; amáis á vuestro padre y á vuestra madre; les cubrís con vuestra veneración; y no sé por qué digo sois niño; pues ¿hay edad alguna en la cual no se dé al padre y á la madre nuestra veneración? Y aun parece que á medida que adelantamos en la vida, cuando vemos que los años pesan sobre sus cabezas venerables, y que tenemos conciencia de que no se nos conceden ya más que por un instante, siéntese que este afecto crece aún, que se eleva hasta una especie de culto. ¡Pues bien! tenéis padre, tenéis madre, les amáis con toda la ternura de vuestra alma. Hay alguién que quiere ser más amado que vuestro padre, más que vuestra madre; es Jesucristo. *El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí.*

Sois madre, tenéis sobre las rodillas á ese tierno niño tan esperado, tan deseado, tan amado. Hay alguién que quiere ser más amado que él, alguién al cual deberéis, si necesario fuere, sacrificar ese niño: es Jesucristo. *El que ama á su hijo ó á su hija más que á Mí, no es digno de Mí...*

Y en ese afecto más íntimo aún, cuando las dos almas no forman más que una, hay alguién que se cree con derecho para eutrar en esos impenetrables repliegues y que quiere ser todavía más amado. *El que ama á su esposa más que á Mí, no es digno de Mí.*

¿Pero es posible? ¡es una locura! El imponer tales condiciones es exponerse á quedar solo, abandonado, digamos la frase, al ridículo y al desprecio; y si de alguno lo obtuviéseis, sería una abominación; pues para el hombre, por encima de su padre, de su madre, de su esposa, y de sus hijos, no hay más que Dios: todo otro amor, superior á ése, resultaría un sacrilegio.

Continuemos, sin embargo. Todo aquí desconcierta al humano discurso. No solamente quiere Jesucristo ser amado por *todas*, no sólo quiere ser amado *sobre todas las cosas*, sino que de este amor tan grande, tan extraño, tan imposible, anuncia que lo obtendrá después de su muerte. ¡No fué amado cuando vivo, y espera ser amado después de su muerte! Cuando se hallaba en este mundo y poseía en su faz todo el encanto que tratábamos de mostrar poco há, no ha sabido hacerse amar. Porque ¿quién se sacrificó por Él? ¿Quién le acompañó hasta el Calvario? Subió solo, y allí, como dicen las Sagradas Escrituras, buscaba quien le consolase y no lo encontraba. Y habiéndose visto abandonado cuando vivo, negado cuando vivo, en-

tregado cuando vivo, no habiendo sido amado cuando vivo, soñar para cuando haya desaparecido, que será amado con ese amor tan grande, tan heroico, tan extraordinario, repitámoslo, es cosa propia de un loco, á menos que no sea de un Dios.

¡Ah! ¡Apenas conocía Él, pues, el género humano! ¡no sabía, pues Él, que el gran alimento del amor es la presencia, ni con qué facilidad el hombre olvida! Admito que por un instante algunas lágrimas fieles nos sigan más allá de la tumba; pero en breve los que lloran vienen á su vez á dormirse en el mismo polvo; y llega un día en que el viajero indiferente pisa con el mismo pie á los que fueron amantes y á los que fueron amados. ¡Hé ahí la breve duración del amor! Y no habiendo sido amado en la vida, soñar que se haya de ser después, hasta la consumación de los tiempos, ¡oh! no, no esperaba yo semejante presunción de un entendimiento tan luminoso, tan vigoroso y tan sano.

Y no obstante, por extraña que sea la pretensión, ha sido excedida por el resultado. Apenas hubo Él muerto, cuando el amor se despertó sobre su tumba. Su cruz se vió cubierta de besos. Vióse aparecer una generación entera de hombres, de mujeres, de jóvenes, prendados de Jesucristo, entusiasmados de amor, que le bajaban, digámoslo así, de su suplicio, le besaban los pies, y que exclaman: ¿Quién nos aparta-

rá del amor que le profesamos? ¿El hambre, la sed, la persecución? No, no; nada arrancará jamás de nuestros corazones la caridad de Jesucristo.

En vano han corrido los años y sucedídose los siglos. El tiempo que destruye todas las afecciones, ha visto acrecerse ésta.

Las mismas revoluciones han sido impotentes contra ella. Ciertamente la Europa ha sufrido numerosas divisiones, convulsiones espantosas; se la dividió en mil porciones; pero existe una unidad que jamás le fué arrebatada: es la unidad del amor á Jesucristo. Focio pudo arrebatarse el imperio griego al cayado del romano Pontífice; pero no hizo que Jesucristo bajase del trono que ocupaba en el corazón de los pueblos orientales. Enrique VIII pudo sepultar en el cisma la gran nación inglesa; pero sobre ella se cierce Jesucristo, conocido, amado, servido y adorado. Lutero pudo separar la Alemania de la unidad católica; pero la Alemania ama siempre á Jesucristo. Finalmente, aunque nosotros mismos hayamos pasado por algunas pruebas, después de Voltaire y Rousseau, ¿al otro día de la regencia y de la revolución, ¿acaso Jesucristo no domina, no resplandece en las adoraciones de toda la Francia? “Jesucristo, dice el mismo Renán, se ve mil veces más amado hoy, de lo que lo fué durante su vida.”

Pero ¡Dios mío! me asalta una duda. ¿Jesu-

cristo ha sido tan amado como Él lo pretendió? ¿Ha sido amado con ese amor triunfante que empuja el alma á todos los sacrificios; con ese incomparable amor que deja eclipsados todos los demás amores?

Si alguien lo duda, vaya á llamar á la puerta de uno de esos monasterios del Carmelo, cuya sola clausura causa miedo ó furor. Pregúntese á esa joven por qué, en la edad de la juventud y de las ilusiones, lo abandonó todo para ocultarse tras de impenetrables rejas y bajo un vestido de sayal, y contestará: *Amo Christum*. Hé ahí el amor de Jesucristo; ha sido tan grande, que formó la Virgen cristiana. Creó la Hermana de la Caridad, la Hermanita de los Pobres. Formó el Apóstol. Formó el Mártir. Tomó al hombre en su debilidad, en su egoísmo, y coronándole con la triple diadema de la virginidad, del martirio y del apostolado, lo elevó á las cumbres más divinas del amor.

Todavía hizo más. Porque el sufrir, el morir, no son la cumbre del amor, porque no son el colmo del sacrificio. ¡El colmo del sacrificio está en ver morir á los seres amados! La más alta cumbre del amor, cuando, por ejemplo, se trata de una madre, no está en dar la propia vida á Jesucristo, sino en darle la vida del hijo. Y eso se vió. Madres hubo que han amado á Jesucristo hasta ese punto: ¡hasta el sacrificio de sus hijos! Jesucristo se atrevió á pedir eso, y lo ob-

tuvo. Sí, acababa de morir, cuando ya las madres cristianas tomaban á sus hijos, les ponían sobre sus rodillas, y les decían: "Hijo mío, preferiría verte muerto antes que verte infiel á Jesucristo." Y lo que decían, lo hacían. Acompañaban á sus hijos ante los jueces; bajaban con ellos al Coliseo; subían al patíbulo, los exaltaban con su entusiasmo, y, si temían que llegasen á flaquear, se arrojaban á sus rodillas diciendo: "Hijo mío, acuérdate que te llevé en mi seno, que te alimenté con mi leche; por piedad con tu madre, no seas infiel á Jesucristo." Lo que una mujer, una madre debe sufrir en un caso semejante, lo que han sufrido una Felicitas, una Sinforosa y tantas otras que las han imitado, jamás lengua humana podrá decirlo; siéntese únicamente que, para recompensar sacrificios tales, no será demasiado el darles una dicha eterna, con sus hijos en sus brazos.

¡Ah! me domina la emoción. ¿Quién es, pues, el que ha podido lograr un amor semejante? ¿Quién es el que, en un humilde lugar de la Palestina, pudo decir algún día: "Quiero ser amado por todos, quiero ser amado sobre todas las cosas," y que, habiéndolo dicho, lo alcanzó hasta el punto de que todo amor palidezca ante el suyo? Repitémoslo: ¿quién es? ¿Y quién se atreverá á decir que ése no era más que un hombre?

Es el gran argumento que impresionaba al

cautivo de Santa Elena en aquellos años de gracias que Dios le había dado para contemplar las cosas eternas, después de haber barajado tanto las cosas temporales. Decía él: "Jesucristo quiere el amor de los hombres; quiere lo más difícil que hay de obtener; lo que un sabio pide en vano á unos cuantos amigos, un padre alguna vez á sus hijos, la esposa á su esposo, un hermano á otro; en una palabra: el corazón; eso es lo que quiere Él para Sí..... Lo exige, y lo consigue. De ahí saco yo en conclusión su divinidad."

Y añadía: "Habla el Cristo, y en adelante las generaciones le pertenecen mediante lazos más estrechos, más íntimos que los de la sangre, mediante una unión más sagrada, más imperiosa que cualquiera otra. Enciende la llama de un amor que mata el propio, y que prevalece sobre todo otro amor.... Con frecuencia he pensado en ello, y es lo que más admiro, *y lo que me demuestra absolutamente la divinidad del Cristo.*"

E insistiendo acerca del carácter que ahora mismo indicaba yo, que Jesucristo quiso hacerse amar después de su muerte, decía: "He cautivado á las multitudes, que morían por mí; pero también se requería mi presencia; la electricidad de mi mirada, mi voz, una palabra mía!..... Hoy que me hallo en Santa Elena, ahora que me veo solo y clavado á esta roca,

¿en dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿quién se muere por mí en Europa? ¿En dónde están mis amigos?" Y subiendo hasta Luis XIV, y dirigiendo al gran monarca una mirada desengañada de la vanidad de las cosas humanas, añadía: "El gran monarca no había muerto aún, y ya se veía abandonado, en la soledad de su dormitorio de Versalles, abandonado de sus cortesanos y quizá siendo objeto de sus risas. No era ya su señor; era un cadáver; un féretro, una fosa y el horror de una descomposición inminente. Esperemos un momento y hé ahí mi suerte; hé ahí lo que á mí mismo va á sucederme. ¡Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino de Jesucristo, predicado, amado, adorado y viviendo en todo el universo!..."

Y, antes de él, Pascal, cuando estampaba, en aquellos fragmentos de papel que se han recogido después como reliquias, los relámpagos de su genio, escribía estas tres palabras que habrían formado bajo su pluma tan admirable capítulo: "Jesucristo quiso ser amado, lo fué, es Dios!"

VII

Por brillante que sea esta prueba, no la tenemos completa, si no le añadimos la segunda profecía de Jesucristo, no menos extraña que la primera, y no menos extrañamente cumplida.

Jesucristo no solamente pidió el amor, y lo obtuvo; anunció que sería odiado, y obtuvo ese odio; y todavía lo sufre. Hé ahí la contra-prueba; y ahí se encuentra, lo confieso, una cosa que me confunde más todavía.

Que un artesano humilde, amable y pacífico, baje un día á la plaza pública y diga: seré odiado hasta el fin del mundo; que agrupe en torno suyo á doce artesanos, tan amables y tan pacíficos como Él, y que les diga: Vosotros también seréis odiados hasta la muerte; que dicte una doctrina elevada, noble, pura y les diga: hasta el fin del mundo esta doctrina suscitará rabiosos clamores; que, muriendo finalmente, en un suplicio que debiera haber enternecido á todas las almas, anuncie que su cruz será también objeto de odio, y que habrá hombres que no podrán contemplarla sin saltar de cólera; eso es, á mi ver, incomprensible cosa. Porque, en fin, si es difícil hacerse amar, ¿es, pues, tan fácil hacerse odiar? En uno de sus admirables discursos acerca de Jesucristo, decía el P. Lacordaire: "¿Quién fué amado entre los grandes hombres? ¿Quién en la guerra? ¿Quién en la sabiduría? ¿Quién? Nombrenme uno que haya alcanzado el amor sobre su tumba." De buen grado me cojo esas palabras, y diré: ¿Quién se vió odiado? ¿Quién sobre el trono? ¿Quién en la filosofía? ¿Quién? Nombradme un hombre, un grande hombre,

un filósofo, un fundador de religión, que haya alcanzado el odio sobre su tumba. Que si algunos se han visto, un momento, perseguidos por la pública indignación, el tiempo dió un paso, llegó el olvido, y se desvaneció el odio. Sólo Jesucristo logró el honor de un odio inextinguible.

Si, pues, me parece extraño que Jesucristo se haya profetizado el odio, todavía encuentro más extraño que esta profecía se haya cumplido. Porque, en fin, ¿qué cabe odiar en Jesucristo? ¿Su fisonomía? Pero manifestamente no se vió jamás aquí abajo otra cosa más bella. ¿Su doctrina, su Evangelio? Mas vosotros confesáis que no hay libro comparable á ése. ¿Qué es, pues, lo que odiáis en Jesucristo?

Diréis: Es muy sencillo. Lo que odio, es la mentira, y una mentira es tanto más odiosa cuanto juega un papel mayor. Dieciocho siglos há, en el mundo apareció una impostura deslumbrante; hé ahí lo que odio.

Ciertamente, si tuviérais la certeza de que Jesucristo es un impostor, comprendería ese sentimiento; pero cabe desafiar á toda persona formal á que tenga esa convicción; y esto por mil razones, y particularmente por una: consiste en que hay en el mundo sobrado número de personas instruidas y de buena fe, convencidas de su divinidad. Bossuet, Pascal, Leibnitz, Grocio, Newton, todos los grandes hombres duran-

te dieciocho siglos habían estudiado, y no obstante, han doblado la rodilla ante Jesucristo; han creído en su divinidad y hecho á esta creencia notables sacrificios en su vida. Pues media la diferencia entre los que no creen en Jesucristo y los que creen en Él, de que los unos hacen sacrificios á su fe y los otros no.

Pero, sea: admito que Jesucristo es un impostor. Entonces lo que resulta falso es el amor que le tenemos. Lo que resulta verdadero, es el odio que le tenéis. Lo que, por lo tanto, debe ser fecundo, lo que debe renovar al mundo, transformar á los hombres y á la sociedad, es el odio á Jesucristo; porque si el amor, que se equivocó uniéndose á esta quimera, á este ídolo, obra cosas tales, ¿qué no hará el odio que lo echa por tierra? Pues bien: ¿qué ha hecho en favor del hombre ese odio á Jesucristo? ¿en dónde están sus obras? ¿qué pueblos arrebató del vicio y de la barbarie? ¿qué almas consoló? ¿en dónde están sus Hermanas de la Caridad, sus Hermanos de la Doctrina Cristiana? ¿en dónde sus Hermanitas de los Pobres? Hay personas que carecen de pan: ¡oh, odio á Jesucristo! ¿en dónde están tus Limosneras? Hay personas que mueren en medio del dolor: ¿en dónde están tus Enfermeras? En dónde quiera que se padece, en donde quiera que haya lágrimas, ¡oh, odio á Jesucristo! te busco y no te encuentro.

Y si nada has hecho en favor del hombre, ¿qué has hecho por Dios? Cuando has arrebatado á Cristo de un corazón, ¿has infundido en él mayor amor de Dios? A la hora presente hay todavía naciones enteras encorvadas al pie de los ídolos: ¡Oh, odio á Jesucristo! ¿en dónde están tus Apóstoles? No pregunto en dónde están tus Vírgenes, ni menos aún en dónde están tus Mártires.

Repitémoslo: ¿de dónde proviene ese odio á Jesucristo? Mahoma no fué odiado; Numa no fué odiado; Zoroastro no fué odiado; ningún fundador¹ de religión fué odiado. Nerón, Tiberio, Domiciano, estos monstruos sólo un instante han sufrido el odio. El odio no pudo cuajar, se agostó sobre su tumba. Sólo Jesucristo logró el honor de un odio inextinguible. ¿En qué consiste eso?

Véase: eso consiste en que solamente odiamos lo que nos sujeta, lo que nos sirve de obstáculo, lo que nos abrumba. Cuando Nerón pesaba todavía con toda la fuerza de su infamia sobre el mundo, concibo que haya sido odiado; y no me admiro de que Tácito no tuviera más que un pesar: el de no poseer un butil bastante poderoso para marcarle eternamente con un

¹ Hoy que ha tomado altísimo vuelo el estudio de la religión comparada, merecen leerse los capítulos que al asunto dedica el P. Caussette en su obra *Le bon sens de la Foi*.—N. del T.

hierro candente. Mas hoy que Nerón se halla tan lejano, que sus vicios duermen despreciados é impotentes en sus huesos, ¿quién odia á Nerón? ¿quién odia á Tiberio? ¿quién odia á Domiciano? ¡El odio, ciertamente, fuera demasiado; basta con el desprecio!

Y Arrio, y Nestorio, y, antes de ellos, Ebión, Cerinto, todos los grandes sofistas de los primeros tiempos, no me admira de que un San Juan, un San Policarpo, un San Ignacio sintiesen contra ellos indignada cólera. Entonces eran poderosos, desgarraban á Jesucristo, empuñaban la Iglesia: eran obstáculos. Mas hoy que en esa gran lucha han sido vencidos; hoy que no son más que muertas, inanimadas cenizas, y que sus errores no reducirían á un niño, asombraos de que el odio haya desaparecido!¹

Y el mismo Voltaire, ¿no advertís que nuestros sentimientos se han modificado con respecto á él? He conocido en mi juventud á un venerable anciano que había vivido antes de la revolución, que había visto á Voltaire en todo su apogeo, reinando, dominando, aplastando á Jesucristo con su risa sardónica; no podía hablar

¹ Téngase bien en cuenta la observación del autor: esos viejos errores á nadie dañarían hoy; ¿por qué no enviar eso á la Historia de la Iglesia, para dar cabida en la Teología á los estudios contemporáneos?—N. del T.

de Voltaire sin tener en sus labios algo de aquella cólera que vibra en las obras del conde de Maistre. Mas nosotros que hemos visto reverdecer cuanto Voltaire había pretendido destruir; renacer con más grande esplendor cuanto él se imaginaba desbaratar; nosotros para quienes Voltaire es, á la hora presente, un vencido; que sabemos que sus obras tan leídas por nuestros padres no lo serán por nuestros hijos, á medida que él descende, sentimos igualmente que la indignación y la cólera nos abandonan. ¡Tal es el corazón humano! Odiamos cuanto nos sirve de obstáculo, lo que con su talón nos oprime. Mas el día en que ese talón no es más que vil ceniza, ¿á qué queréis que nos cojamos para odiar? El odio parte, y el desprecio ocupa su lugar.

Solamente ante Jesucristo el odio nunca se debilitó, como igualmente jamás el desprecio llegó á existir. ¿Qué significa esto, sino que Jesucristo no cede nunca, nunca viene á menos, que sujeta las pasiones, que es rey siempre, y siempre vencedor?

Mas no está todo allí. Hay en el odio algo mucho más profundo. Alguna vez se desliza entre dos almas destinadas por Dios á vivir juntas en íntima unión: y ¡entonces llega á ser horrible! ¿Habéis visto alguna vez el odio de dos hermanos? Cuando aparece entre esos dos seres, hijos del mismo seno, alimentados con la misma leche, que debieran de haber entrelazado sus ra-

mas durante su vida entera y prestarse mutua sombra, constituyese algo que causa espanto, casi siempre algo que resulta irreconciliable. De igual manera, y mucho más aún, cuando se da entre dos esposos. ¡Ah! si habéis visto esto una vez en vuestra vida, debéis saber que de todos los espectáculos ése es el más triste. Mas en ese odio que aparece en donde el amor debiera florecer, ¿habéis notado algo extraño? Cuando un alma se dió toda entera con verdadero afecto, y se encuentra vendida, abandonada, que se encuentra con un infiel, si le aborreciese, aún lo comprendería. Si dijese con el poeta:

Te amé demasiado para no odiarte,

sea en buen hora! Pero no son así las cosas. No es la víctima quien aborrece: quien aborrece, es el infame; quien aborrece, es el infiel; quien aborrece, es aquél que ha faltado á todos sus juramentos. Y cuanto más bella y más pura es la víctima, más la aborrece. Si fuera menos intachable, la odiaría menos, porque ella le abrumaría menos. Y si á esa belleza, á esa irprochabilidad, llegase á juntar ella beneficios; si los tuviese á manos llenas; si hubiese colmado de ellos al ingrato; si todavía siguiese haciéndolo, entonces, como le dominaría doblemente desde las alturas de su pureza y desde las de su amor, crearía en su alma una pasión que con nada podría verse nunca satisfecha.

Pues bien; lo que vemos en la tierra, sucede alguna vez entre el hombre y Dios. Cuando se vió colmado de gracias, y su alma no es bastante grande para responder con la gratitud á lo que Dios hizo en su favor, acontece que el amor, agriándose, se torna en odio, y Dios llega á ser objeto de un furor irreconciliable.

Es aquella pasión que hemos visto encenderse un día en aquel emperador que dejó un nombre tan tristemente famoso: Juliano el *Apóstata*. De las gradas del templo en el cual había sido recogido y educado; de los beneficios divinos con que había sido colmado; de las atentas predilecciones de la Iglesia que le había conservado su corona, no poseyendo un corazón bastante grande para corresponder, se volvió contra ella, y en su alma se encendió el odio. No bastaba para destruir la Iglesia; quiso deshonrarla. Todas las fuerzas del imperio romano se emplearon en eso; y creciendo en odio, á medida que iba viviendo, sólo se detuvo el día en que sucumbió en los campos de la Persia, exclamando: ¡*Has vencido, Galileo!*

Es aquella misma pasión que nuestro poeta inmortal Racine presentó en una de sus obras maestras: en *Atalia*. Aquel carácter de traidor que de vez en cuando aparece para servir de descanso á la grandeza y á la nobleza de los demás personajes, ¿qué es? ¿De dónde procede? ¿Quién le infirió el odio en el corazón? El pon-

tífice lo manifiesta, desde el comienzo, en un verso famoso:

“Este templo le importuna, y quisiera su impiedad aniquilar al Dios á quien dejó abandonado.”

¡Hé ahí el odio contra Dios! ¡Hé ahí el odio contra Jesucristo! Porque jamás andan separados. El que ama á Dios, ama á Jesucristo. El que odia á Jesucristo, odia á Dios. A los ojos de la humanidad, no hacen sino uno en el amor y en el odio. Pues bien, después de haber alcanzado una mancomunidad semejante, ¿no comprendéis que eso es ser Dios?

VIII

Ante tales hechos, de pretensiones tan extraordinarias y aun más extraordinariamente realizadas; sobre todo, ante las palabras tan claras, tan precisas, tan acordes, con las cuales afirmó Jesucristo su divinidad, y exigió todos los homenajes, tan sólo restan, á los que se niegan á creer, dos partidos que tomar: combatir el propio testimonio de Jesucristo, si tienen por ciertos los Evangelios, ó bien dudar de los Evangelios mismos.

Combatir el testimonio de Jesucristo, esto es, suponer que, por falta de luz, de clara inteligencia, hubiese podido, de buena fe, equivo-

carse acerca de su propia naturaleza, ó que, por falta de sinceridad, haya querido engañarnos!

En ambos casos, Jesucristo desciende más allá de Sí mismo y de todo. Nada queda en pie en su vida; nada ya se explica en su carácter. Todo se conmueve y se contradice, y el ánimo espantado retrocede ante las imposibilidades, que unas sobre otras se amontonan. “¿Por ventura se da unión posible entre la luz y las tinieblas?” decía el poeta. No, evidentemente. No se podría hacer que juntos viviesen en un mismo lugar, en una misma alma, el sol y las tinieblas, la verdad y la mentira, la pureza absoluta y el fraude, la clara inteligencia, la intuición sublime y la ilusión grosera. Son dos elementos que luchan. Si la luz está allí, arrojará las tinieblas. Si el Cristo es lo que hemos visto, un sér tan puro y tan santo, tan absolutamente humilde y modesto, tan perfectamente apacible y dulce en su luz, libre de toda exaltación, de todo entusiasmo, no pudo equivocarse acerca de su verdadera naturaleza. No pudo creerse Dios. No pudo decirlo, si no lo creía. Hé ahí todo un aspecto de su carácter, el aspecto luminoso que excluye al otro, absoluta, radicalmente, como el sol excluye las tinieblas. ¿No veis que en esa mente sublime, límpida como el cielo, en ese gran corazón, del todo puro y transparente como el cristal, en ese carácter sano y vigoroso en todos conceptos, siempre entero y seguro de sí mismo,

no hay lugar alguno para una ilusión tan radical, tan asombrosa y para la embriaguez de un sueño semejante acerca de su naturaleza, y más aún para los miserables medios con que convencer de ello al mundo? Hé ahí la evidencia misma. Es, vuelvo á decirlo, el sol que excluye por entero las tinieblas.

Si por el contrario creéis que Jesucristo se equivocó, que por falta de clara inteligencia se creyó Dios, ó que por falta de sinceridad quiso hacérselo creer, sea. Pero entonces ya no es santo; ya no es grande. Suprimid esta frase de Pascal: "Fué humilde, paciente, santo, santo á los ojos de Dios, terrible para los demonios, sin pecado alguno." No hay nada de eso. Tenemos todo lo contrario. ¿Cómo sería humilde, y modesto, y perspicaz, si no siendo más que un hombre se creyó Dios? ¿Cómo sería santo, si sabiendo que no lo era, sin embargo, lo dijo? ¿Cómo sería grande, si para hacerlo creer, empleó miserables é indignos medios? Pero qué, ¡Jesucristo no fué grande! Cómo, ¡no fué amable, modesto, humilde, divinamente hermoso en su vida y en su muerte, ideal y sublimemente puro en el más leve aliento de su pecho, en el más imperceptible latido de su corazón! ¿Qué creer entonces? ¿Qué decir? ¿En dónde queda todavía algo cierto, algo que pueda yo admirar, amar, venerar? ¿En dónde está lo cierto, en dónde el bien, en dónde lo bello, si Jesucristo

no es más que una ilusión, mentira, fraude, fealdad moral, unida por no sé qué monstruoso misterio á la más divina grandeza que se vió jamás? Medítese, medítese esto. Es forzoso sostener el carácter. No cabe inspirar juntamente el desprecio y el amor, la adoración y la repugnancia. No hay medio. Tal como Jesucristo aparece en el mundo, es forzoso de toda necesidad ó que caiga por tierra, ó que nosotros caigamos á sus pies. Él es todo ó no es nada.

¿Intentaríais aminorar la dificultad alejando de Cristo la acusación, y haciéndosela á los Apóstoles y á los Evangelistas? ¿Diréis que éstos fueron los inventores de esa fábula y que nos la hicieron aceptar? Mas vais á chocar con una porción de imposibilidades. "Se necesita, además, dice Bossuet, que la más vigorosa persuasión que se vió sobre la tierra, y acerca del más increíble asunto, y en medio de las pruebas más difíciles, y entre los hombres más incrédulos y tímidos, tenga una causa aparente. La ficción no va tan lejos, la sorpresa no dura tanto, la locura no guarda tanto orden. Porque, en fin, extrememos el razonamiento de los incrédulos: ¿qué piensan acerca de nuestros santos Apóstoles? ¿Qué? ¿Que habían inventado una hermosa fábula que se complacían en anunciarla al mundo? Pero la hubieran hecho más verosímil. ¿Que eran unos insensatos y unos imbéciles que no se entendían entre sí? Mas su vida, sus escritos,

sus leyes y la sagrada disciplina que han establecido, y finalmente, el mismo acontecimiento, prueban lo contrario. Es un caso inaudito que tan mal inventa la sagacidad, ó que tan afortunadamente ejecuta la locura. Ni el proyecto nos ofrece hombres astutos, ni el éxito personas desprovistas de sentido. Nos dicen ellos: "Hemos visto, hemos oído, hemos tocado con nuestras manos, y con frecuencia, y mucho tiempo, y varios reunidos, á ese Jesucristo resucitado de entre los muertos." Si dicen verdad, ¿qué cabe responder? Si inventan, ¿qué pretenden? ¿Qué ventaja, qué recompensa, qué premio por todos sus trabajos? Si algo esperaban, sería ó en esta vida ó después de su muerte. ¿Esperar en esta vida? Ni el odio, ni el poder, ni el número de sus enemigos lo consienten. Hélos, pues, reducidos al porvenir; y entonces, ó bien esperan de Dios la felicidad de sus almas, ó esperan de los hombres la gloria y la inmortalidad de su nombre. Si esperan la dicha que el Dios verdadero promete, claro es que no piensan en engañar al mundo; y si el mundo pretende figurarse que el afán de distinguirse en la historia haya consistido en halagar sus ánimos groseros hasta en sus barcas de pescadores, diré tan sólo una palabra. Si un Pedro, si un Andrés, si un Juan, en medio de tantos oprobios y persecuciones, han podido adivinar desde tan lejos la gloria del cristianismo y la que

les tributamos, no exijo nada más poderoso para convencer á todas las almas razonables de que eran hombres divinos, á los cuales no solamente el espíritu de Dios, sino también la fuerza siempre invisible de la verdad, hacían ver, en lo extremo de la opresión, la victoria segurísima de la buena causa.¹

Hé ahí algunas de las dificultades expuestas con la lógica, el vigor intelectual y la elocuencia de Bossuet. Pero hay otras, una sobre todo, mayor que todas éstas, absolutamente insoluble, que el mismo Rousseau había entrevisto, y que la crítica moderna elevó ya á un grado tal de lucidez, que no admite réplica. Decís que los Apóstoles son quienes inventaron el carácter del Cristo, su vida, su muerte, aquel plan, aquella fisonomía. Rousseau contestaba: "El inventor sería más asombroso que el héroe." La crítica moderna va más allá; dice ella: "El inventor se hace imposible; para inventar el carácter de Jesús, habría sido necesario ser Jesús."

Ya he citado, al hablar de los Evangelios, los textos notabilísimos de Channing, de Goethe, del autor anónimo de *Ecce Homo*,² mostrando la imposibilidad en que se hallaban los Apóstoles para crear un carácter que les es absolu-

¹ BOSSUET, *Panegirique de Saint André*.

² En la colección de *La Controverse*, año de 1886, si no me equivoco, se habla de una obra con este título y allí puede verse el juicio de ella.—N. del T.

tamente superior. Porque, séame permitido insistir, no se trataba, como antes de ahora se decía, de inventar un hecho, el hecho de la resurrección, por ejemplo, lo cual es ya imposible, ni de vestir y arreglar algunos sucesos; se necesitaba crear un carácter capaz de sostenerse. Pues bien, si los Apóstoles lo hubiesen intentado, habrían creado un carácter humano y probabilísimamente un carácter judío; un rabí perfeccionado, como Hillel ó Gamaliel; á lo sumo un profeta, como Elías ó Juan Bautista, y si, exaltándose por salir de los tipos conocidos, hubiesen extremado las proporciones, no hubieran creado un carácter vivo. Porque de crear un carácter como el que hemos visto desarrollarse á nuestra vista, es decir, el más extraordinario, el más nuevo, el más original, el menos conforme con todas las ideas del tiempo, opuesto á todas las aspiraciones judías, el menos humano, en una palabra, por mejor decir, el más sobrehumano, humano y divino á la vez, y no obstante, vivo, es de lo que ellos eran absolutamente incapaces. Llámale hombre: ¿dónde, pues, habrían encontrado ellos la idea de aquella santidad perfecta, de aquella vida inmaculada, de aquella completa ausencia de faltas que no es propia del hombre? Le creen Dios; ¿cómo le hacen tan débil? ¿No saben trazar una muerte incesante? "Sí, dice Pascal, porque el mismo San Lucas presenta la

de San Esteban más vigorosa que la de Jesucristo.¹" Y aquel inefable sermón de la montaña, y el de la Cena, y las profecías de la ruina de Jerusalén y del mundo, y aquellas vivas intuiciones de la crisis del tiempo; si todo esto no procedía de Jesús, ¿quién, pues, habría podido crearlo? "Admitamos, dice Parker, que Platón y Newton no hubiesen existido nunca. ¿Quién, pues, entonces ha obrado sus maravillas y tenido sus pensamientos? Para inventar un Newton, necesario fuera ser un Newton. ¿Quién es el hombre que podría haber fabricado un Jesús? Solamente hay un Jesús que fuese capaz de eso."²

Es, pues, imposible que un solo hombre haya concebido, haya inventado por entero un carácter como el de Jesús, que traspasa tan por completo todos los datos del humano espíritu. ¡Cuánto crece la dificultad al ver que en lugar de haber sido creación de uno solo, lo fué de varios! Y no se diga que cada evangelista nos ofrece un Cristo distinto. Porque eso desde luego es falso; la prueba está dada. Además, en esta hipótesis, en vez de un milagro, tendríamos cuatro. Efectivamente, el Jesús de cada Evangelista es admirable, inimitable, absolutamente superior al escritor que lo dibujaba.

1. PASCAL, *Pensées*, II, 325.

2. TEODORO PARKER, *Discours sur des matières relatives à la Religion*, 1849.

Además, es completo. Fijémonos tan sólo en el Jesús de San Mateo; inutilicemos los otros tres Evangelistas; no hay duda que perderemos algunos tesoros. Mas el Jesús de San Mateo bastará para que el mundo se postre en adoración. Ahora reunidlos. Fundamos estos escritores de tan diferente género, estilo, lengua y punto de vista; resulta siempre el mismo Cristo, cuya radiante y sublime figura no se confunde jamás con ninguna otra. En cuatro páginas diferentes Jesucristo aparece el mismo, divinamente hermoso en cada una, y en una y otra, tan superior á sus humildes pintores, que muy lejos de poder crearlo, ni siquiera capaces eran de copiarlo. Es la confesión que á Renan se le escapa, en uno de esos momentos en que la verdad se impone aun á los que la niegan, como el sol que penetra á través de los párpados mal cerrados de los ciegos voluntarios. "Muy lejos de que Jesús haya sido creación de sus discípulos, dice, Jesús aparece en todo como superior á ellos. Estos, á excepción de San Pablo y San Juan, eran hombres sin inventiva ni genio..... En suma, el carácter de Jesús, *lejos de haber sido embellecido por sus biógrafos, fué achicado por ellos.*"¹

Si son incapaces de *embellecerlo*, si hasta lo han *achicado*, "si es del todo superior á la mente

¹ RENAN, *Vie de Jesus*, XXVIII, 450.

de sus discípulos," como dice Parker, "si aun sobrepuja, como dice Channing, la inteligencia humana," no es, pues, creación de ellos. Existe independientemente de ellos, antes que ellos, y más grande que ellos. Es, pues, enteramente real y enteramente histórico. Es la última palabra de la crítica moderna.¹

¿Qué decir ahora, para terminar este asunto, acerca de una hipótesis que alcanzó momentánea boga en Alemania, y nunca en Francia, á pesar de los esfuerzos que se han tentado con tal objeto? Porque si el genio francés tiene sus flacos, le cabe la gloria de una claridad que no le permite acostumbrarse á tales nebulosidades. Hablo de la hipótesis mítica de Strauss. Ni un escritor, ni varios, entiéndanse ó no, habrían podido crear un carácter que sobrepuja tan entera y absolutamente los recursos del humano entendimiento; ¡y se pretende que haya salido de la incubación lenta, profunda, inconsciente del pueblo! ¡El libro más bello que jamás hubo iluminado, consolado y encantado á la humanidad, habría sido creación de todos, es decir, de nadie!² ¡Esa figura que ningún pin-

¹ Véase acerca de este punto, la obra del Abate Vigouroux, recientemente publicada, en la cual hace una demostración arqueológica del Evangelio.—N. del T.

² Acerca de las bellezas literarias del Evangelio, véase la obra del Abate Vernioles, *Les Récit Evangeliques*.—N. del T.

cel, aun cuando fuese manejado por la diestra magistral de un Rafael, de un fray Angélico, de un Leonardo de Vinci, de un Van-Dyck, supo embellecer; que permanece más bella que la belleza, se habría hecho enteramente sola! ¡Habría salido, mediante sucesivos embellecimientos, del corazón y de las entrañas de las primeras comunidades cristianas! Pero me será permitido hacer aquí una sola pregunta: Esas comunidades, ¿quién las formó? ¿Cómo han llegado á ser cristianas? ¿No es el Cristo conocido, amado, adorado como Dios y como hombre, quien formó el pueblo cristiano? Entonces ¿cómo es, pues, el pueblo quien formó al Cristo? No queréis que proceda de la fecha histórica de los Evangelios. ¡Sea! Pero no podéis negar la fecha de los Hechos de los Apóstoles, ni la autenticidad de las Epístolas de San Pablo. Pues bien, ambos monumentos llenos están con Jesucristo, En ellos Jesucristo aparece como centro, lazo, cimiento y arquitecto de todas las primeras comunidades cristianas! ¿Cómo, pues, habrían sido ellas creadoras del Cristo, puesto que de Él proceden ellas? ¿Si son ellas quienes, mediante sucesivas é inconscientes pinceladas, han trazado esa sublime fisonomía que ha encantado al mundo, ¿por qué, pues, ellas mismas han sufrido el encanto?

Fuera de esto, no se discute ya este asunto. Está muerto. Ha sucumbido, no bajo los esfuer-

zos de la razón, porque lo ilógico y la sinrazón tienen tantos encantos para ciertos espíritus! Dos hechos le dieron muerte: el descubrimiento de la traducción siríaca de los Evangelios por el doctor Cureson, y el del *Codex Sinaiticus* por M. Tischendorf. Para una incubación semejante, requiérese tiempo. Pues bien; no lo hay. Hé ahí lo que han demostrado esos dos trabajos arqueológicos. Esto dejó relegado el libro de Strauss á la categoría de los papeles viejos.

IX

Mas dejemos los Evangelios, en los cuales vive, en los cuales vivirá siempre, sin vanos adornos, sin frases, en el estilo más sencillo, la deslumbradora figura del Hijo del Hombre, belleza que bastará para defenderle de todas las dudas, y para llevar á Él un día ú otro todas las almas. Después de todo, no tenemos otro medio para formarnos juicio acerca del carácter de Jesucristo. Podemos, además, juzgarle por su obscuridad, como dice Parker, ó más bien por la luz que ha proyectado sobre el mundo. Podemos apreciarle mediante los grandes efectos de su palabra, según los resultados de su vida y de su muerte. ¿Qué era el mundo antes de Él? ¿Qué vino á ser después? Probemos á estimar el valor de la transformación que le hizo sufrir, de la belleza intelectual, moral y religiosa que le

ha comunicado; habremos hallado á la vez una nueva medida, bien exacta igualmente, de la grandeza de Jesucristo.

¡Cosa admirable! Jesucristo formó el mundo á imagen y semejanza suya; por ese medio lo regeneró y transformó. Los hermosos rasgos de su mente y de su corazón, aquella elevación de pensamientos, aquella ternura y aquella pureza de sentimiento, aquella amplitud de afectos que se advierte en los Evangelios, se encuentran reflejados en el mundo moderno, y es lo que forma su distinción y su superioridad con respecto al antiguo. El mundo antiguo se hallaba sumido en la idolatría, en la ignorancia de Dios, en una superstición tan inveterada y tan profunda, que Platón con todo su genio se sentía impotente para disiparla y clamaba por una intervención celestial. Y ahora aquel Dios, á quien Jesús llamaba su Padre, es el nuestro. Aquel culto puro, espiritual, aquella adoración en espíritu y en verdad, aquella hermosa religión, fundada sobre la pureza del corazón, sobre la paternidad y la fraternidad humana, es la religión de todos, aun de los más humildes. Como Jesús, nos vemos, nos sentimos hijos de Dios. Dios no está fuera ni lejos de nosotros; está en nosotros, vive en nuestros corazones y diviniza nuestras vidas. La existencia más oscura, la más olvidada de los hombres, tiene su salida hacia algún rincón del cielo. ¿Y quién

dirá hasta qué altura se han elevado, en ciertos hombres, las virtudes que resplandecían en el corazón de Jesús: su humildad, su obediencia, su celo por la gloria de Dios, su amor á las almas? Sin duda que en parte alguna fué igualado el divino modelo. Tampoco en ninguna parte entró el desaliento por no poder reproducirlo. Y como la naturaleza multiplica los esfuerzos, varía los matices y los colores, engendra millares de especies de rosas para realizar el tipo, cada una de las virtudes del Cristo ha creado durante dieciocho siglos, millares de hombres que han hecho los más sublimes esfuerzos para probar ó reproducir algo de su inimitable belleza. El mundo sintió el aroma de tales pruebas, y le debió, además de ese carácter de elevación religiosa, una fecundidad sobrenatural de la que el mundo antiguo ni siquiera tuvo presentimiento.

Mas no es el único rasgo que de su fisonomía dejó impreso Jesús en la sociedad moderna. Jesús, que no veía más que á su Padre en el cielo, en la tierra no veía sino á las almas. Para Él no había grandes, ni pequeños, ni ricos, ni pobres, y diré con el Apóstol, hombres, ni mujeres, ni niños. Vanas apariencias, velos diáfanos, á través de los cuales su mirada tan pura sólo veía esta cosa tan augusta, que se llama un alma. Pues este carácter de elevada espiritualidad, es la segunda nota del mundo

moderno. Hacia el término del mundo antiguo los hombres sólo se pagaban de vanas apariencias, únicamente estimaban á los ricos, á los poderosos; hollaban á los débiles, á las mujeres, á los niños; pisoteaban á los pobres. De pronto, hé aquí una maravilla. Las almas ascienden suavemente al primer puesto. Y en consecuencia la mujer se rehabilita, no obstante su debilidad; el niño se rehabilita, aun aquél cuya débil constitución condenaba á ser lanzado al arroyo; el esclavo se rehabilita, guardando sus cadenas que en breve dejará; el pobre se rehabilita, viendo al rico que toca con respeto sus harapos. Es una revolución inaudita, inesperada, irresistible. Los grandes, los fuertes, pasan al segundo rango. Vense delicadezas infinitas con respecto á los pequeños, y una sociedad nueva se funda sobre el respeto al niño, el honor de la mujer, el amor al pobre, sobre la dignidad de todos en una santa igualdad.

Y como uno de los rasgos de la belleza del Hijo del Hombre es la universalidad de su amor; como no es dado pensar en Él, sin verle clavado en la cruz, con los brazos extendidos para abrazar al mundo, las barreras de las nacionalidades viénense al suelo; la patria, sin dejar de ser amada para el corazón del hombre, hácese menos exclusiva; enciéndense faros á lo largo de los mares, en las costas, allí donde la antigüedad se aprovechaba de los naufragios; la pa-

labra *hostis*, ya no tiene sentido; la humanidad nace, es decir, la gran República de los hermanos separados aun por los intereses y las lenguas, mas teniendo á lo menos tres lazos que les unen á través de las montañas y de los mares: el lazo de la sangre, el lazo de la fe y el lazo del amor.

Y esto no es más que el comienzo. Véase el más divino, el rasgo real de la belleza de Jesucristo, impreso en la sociedad moderna. Tiene ella algo de infinito como Él, algo de incommensurable, algo de insaciable, que constituye su honor y su belleza; porque de ahí nace su progreso. Observad al mundo antiguo: allí todo es perfecto en su género. Cada hombre realiza su ideal, realiza lo bueno y lo bello, tal como su naturaleza lo concibe. En el mundo moderno, por el contrario, el término no se logra. Todo se dirige á una belleza, que llamaré quimérica, puesto que nadie la alcanza, y cada alma gime por no poder llegar á ella. Oíd, oíd al mundo antiguo: en el arte, en la filosofía, en la poesía, ¡qué acento de satisfacción! Encontró, realizó lo bello: es dichoso. ¡Qué diferencia del prolongado suspiro, del incesante gemido del mundo moderno! “¡Ah! si pudiera yo alcanzar la belleza absoluta! ¡Si me fuera dado hallar la verdad eterna! ¡Si pudiera yo hacer vivir en mí el bien, lo bello, lo noble, lo santo!”

El mundo antiguo edificaba sus templos, le-

vantaba sus estatuas, escribía sus dramas, sus gloriosas epopeyas, de un modo definitivo: era completo. El moderno, ni en su arte, ni en su filosofía, ni en su poesía tiene nada que considere como acabado. No tiene ánimos para terminar ninguna cosa. ¡En tal manera posee un ideal que traspasa toda realidad! Posesión de la belleza satisfecha: hé ahí el Partenón; aspiración inmensa del amor no satisfecho: hé ahí la Catedral de Colonia; ¹ está igualmente sin terminar! ¿Y en dónde terminarla? ¿Y cómo terminarla? ¿Y en dónde colocar la última piedra? ¡La última piedra! no existe; no puede existir. Mientras estemos aquí abajo de nada puede decirse: está terminado.

He considerado, siempre con asombro, la extraña concepción de los héroes divinizados en Homero. Se hallan en los Campos Elíseos, coronados, recompensados, pero no felices; están llenos de pesares. ¿Y qué echan de menos? La tierra que dejaron, esta vida, esta luz que aquí abajo tenían. Por grandes que sean, sienten que no son más que sombras. La luz, la belleza, la vida, para ellos, está en este mundo. La obscuridad está allá arriba, en donde se encuentran ellos. Oídeles, oíd á Aquiles. ¿Acaso desea más

¹ El conocido poeta alemán, Don Juan Fastenrath, escribió una hermosa composición á ella dedicada. V. *La Walthalla*.....—N. del T.

crecido resplandor? No echa de menos su fuerza, su valor de antes. Y á todos sucede otro tanto: sombras infortunadas que viven mirando á esa tierra que dejaron, y para quienes todo su consuelo está en volver á andar errantes entre los vivos. Nosotros, por el contrario, en este mundo nuevo de Jesucristo, á través de todos los esplendores de la creación y del arte, no nos vemos saciados; soñamos una belleza, más grande que todas las bellezas, la cual no esperamos alcanzar aquí abajo. Aun allá arriba, cuando allí nos encontremos, apenas si alcanzaremos á vernos satisfechos; iremos de claridad en claridad, buscando siempre algo más hermoso, conservando nuestro afán, nuestra sublime aspiración, mas no nuestro dolor; porque la sed, no renacerá sin cesar, sino para verse sin cesar saciada. Hé ahí el espíritu humano, en el mundo moderno. Se vió directamente cambiado.

Este gran fenómeno histórico, acerca del cual no insisto más, supone manifiestamente un acontecimiento extraordinario correlativo y que obró la transformación. Debe haber ahí un momento en el cual termina el mundo antiguo; en el cual comienza el moderno. ¿Cuál fué ese momento? ¿Cuál fué el primer paso, de ese progreso sin término? ¿Quién abrió esa era? No hay más respuesta que una: Jesucristo. Es absolutamente cierto que el mundo antiguo termina

en la cruz del Salvador, ni antes, ni después; y que el moderno comienza entonces. La cruz es el punto de parada, de la caída, el punto de arranque de la renovación, y si Jesucristo es Dios, todo se comprende y se explica. Pero si Jesucristo no es Dios; si ha substituido una idolatría á otra idolatría; si mintió, y si con esa mentira, ó con esa ilusión, regeneró al mundo, entonces nada entiendo del asunto. Todas las nociones de certeza, de verdad, de justicia, de virtud, y lo diré, de causa y de efecto, se oscurecen en mi cabeza, y hasta la idea de Dios se cubre con un velo. Es lo que decía Napoleón: "Por último, y es mi postrer argumento, no hay Dios en el cielo, si un hombre pudo concebir y ejecutar con entero éxito el plan gigantesco de arrebatar para sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios." Y añadido yo, si pudo, usurpando el nombre de Dios, y sumergiendo al mundo en la idolatría, regenerarlo.

X

Si, y por aquí termino; si Jesucristo es Dios, todo se sigue, todo se encadena: su vida, su doctrina, los milagros y los prodigiosos efectos de su paso por la tierra y hasta el momento y el lugar de su aparición. Cuando se hubo cumplido el tiempo, cuando la fe de la infancia del mundo se debilitó, y todos los labios proponían

esta cuestión: ¿quién nos mostrará el bien? Cuando la carga del pecado llevó el malestar al corazón de la humanidad, Dios envió su Hijo á la tierra, en socorro del hombre que sucumbía; apareció en mitad de los tiempos y en el centro del mundo, lleno de gracia y de verdad, libre de todo error y de toda culpa, inocente y santo, practicando todas las virtudes, rebosando principalmente el más tierno amor á Dios, la más divina piedad con respecto al hombre, y sellando la vida más pura con una muerte sublime. Se le ve hombre, mas, á través de la ideal belleza de su humanidad, transpira la luz de su divinidad; muy suave primero, después más viva, luego escapándose en ráfagas, y muy presto deslumbrante. Aparece lleno de vida divina, y la humanidad, uniéndose á Él, halla en su mente, en su corazón, en su fuerza, en su vida entera, un engrandecimiento en la suya. ¿Qué puede haber más sencillo, más lógico, más digno de Dios, ni más honroso para el hombre?

Supongamos, no obstante, que Jesucristo no sea Dios; que el héroe de este drama no sea más que un iluso inocente ó un impostor hábil: ¿qué se gana con eso? ¿Nos vemos así libres del misterio? Al contrario, en vez de uno, tenemos diez, tenemos mil; un caos de inexplicables obscuridades, de contradicciones de las cuales no saldremos.

Sí; si Jesucristo no es Dios, si no es más que

un hombre, no más que un judío crucificado, es inexplicable que se haya creído en Él, creído en Él durante su vida, creído en Él después de su muerte; que se haya creído que era el Hijo de Dios, su Unigénito nacido de una Virgen, resucitado de entre los muertos, que subió á los cielos á la vista de quinientos discípulos. Esto es inexplicable. ¡Cómo, sois hombre, hijo de hombre, y os decís Dios, y os obligáis á proceder como Dios! ¿Pero habéis pensado en ello? ¡No sostendréis ese papel durante un cuarto de hora! ¡Seréis descubierto antes de terminar vuestro primer discurso! Y no obstante, se creyó que Él era Dios, y sus enemigos que le vigilaban, que le espaban, no han hallado un solo punto vulnerable, uno solo de esos momentos en los cuales el hombre aparece y se manifiesta. La cosa es inexplicable.

Y lo que lo es mucho más, es que eso se haya creído con la intensidad de fe, con el ardor, elevación, pureza y generosidad heroica que en ello se puso. Y no han sido unos cuantos; fué el mundo entero quien ha creído, é iba á decir, quien ha creído hasta la pasión, hasta la locura, hasta el sacrificio de todo y aun de la vida.

Cuéntense, si es posible, los millones de mártires que, durante dieciocho siglos, bajo todos los cielos, en todas las civilizaciones, han corrido á la muerte como á una fiesta, inflamados por una fe invencible en la divinidad de Jesu-

cristo; los solitarios, que todo lo han dejado por Él, y cuya vida fué un prodigio de abnegación, de paciencia y de sacrificio; las vírgenes que, renunciando á los más nobles goces de la tierra, lo tomaron por esposo y le consagraron sus puros y virginales pensamientos; tantas santas esposas, tantas madres amantes, tantas inocentes jóvenes que le debieron la belleza de su alma; y aquéllos, también innumerables, que, con los ojos llenos de lágrimas, han recibido el dolor en un corazón sumiso y consolado; y, aquellos también, que han generosamente recommenzado su vida para Él y han subido con firme paso hasta las ásperas cumbres de la penitencia.

Porque lo que es enteramente inexplicable, si Jesucristo no es Dios, no es únicamente que se haya creído en Él, que se haya creído en Él hasta la pasión, hasta el martirio; sino que se haya hecho una regeneración creyendo eso. Lo que es enteramente inexplicable, es que esa mentira ó ese sueño, como queráis, haya destruido al paganismo, dado muerte á la religión de los sentidos, y purificado la infestada atmósfera del mundo antiguo. Es que haya producido los más grandes caracteres y las más elevadas virtudes: Santa Inés y Santa Cecilia, San Agustín y Santo Tomás, Carlomagno y San Luis. Es que haya producido la Europa cristiana; que haya creado la Iglesia. Es que después de trans-

curridos dieciocho siglos, calme todavía las pasiones, inspire los heroísmos, enjugue las lágrimas, cure los más inconsolables dolores, transfigure las muertes más desoladas. Lo que es inexplicable, es que haga todo eso, y solamente Él lo haga. "¡Ah! exclamaba antes de ahora un gran orador; si quisiera darme yo una idea de la verdad digna de ella, iría á postrarme al pie de la cruz; me diría que no es más que un sueño, un error, una mentira consciente ó inconsciente, y al ver las lágrimas por ella enjugadas, los dolores consolados, los infortunios mitigados, las virtudes inspiradas, los sacrificios creados, me diría: ¡Oh Dios mío! si el error hace cosas tales, ¡qué hará la verdad cuando haya llegado su reino!"

¿Mas, me atrevo aún á pronunciar el nombre de verdad? ¿Qué es la verdad? ¿En dónde se halla? ¿En dónde se la encuentra en materia histórica? Si no creéis en Jesucristo, ¿en quién creeréis? ¿En César, en Alejandro, en Sócrates? "Mas los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, se hallan menos probados que los de Jesucristo." ¿En dónde se le encuentra en materia de religión? El Cristianismo no es más que una mentira, sea. Con mayor razón el paganismo, el mahometismo y el budismo. Nada queda, en los archivos religiosos de la humanidad, más que unos errores sucediéndose á otros, y la sed más divina de la humanidad ha resultado un en-

gaño. Queda la religión natural, me diréis; ¿pero hay, en la religión natural, un solo dogma, un solo precepto que descansa sobre bases más profundas y más sólidas que la divinidad de Jesucristo? Es necesario adorar á Dios, decís; es necesario rogarle. ¿Y por qué? Porque lo quiere el sentido íntimo; porque la humanidad lo enseña. Mas hace dieciocho siglos también la humanidad dice que es necesario adorar á Jesucristo, y el sentido íntimo declara que tiene razón al hacerlo. Repitémoslo; ¿en dónde, pues, se halla la verdad? ¿En dónde en materia de filosofía, de moral, de jurisprudencia y de economía política? Creéis en la propiedad, en la transmisión legítima del fruto de vuestro trabajo, y tenéis razón para creer en eso. Mas ese hecho de la propiedad, base del mundo social, no descansa sobre pruebas más verdaderas, más numerosas, más ciertas, más irrefutables que la divinidad de Jesucristo. Si Jesucristo no está demostrado, no hay cosa que lo esté, y la mano que lo derriba de su pedestal, quiéranlo ó no, lanza también á Dios del suyo. Porque, en fin, desde lo alto de su trono, Dios vió el triunfo de la mentira y el mal; vió á un simple mortal arrogarse la divinidad; vió al mundo desvanecido, fascinado, cayendo á los pies de ese falso dios y lo ha permitido! Permitió que el mundo, en vez de corromperse en esa idolatría, en esa adoración de la mentira, se regenerase ahí. Per-

mitió que las flores más puras germinasen en ese muladar; y no intervino en ello! Vió á la humanidad en la imposibilidad de distinguir la verdad del error, pues que si la verdad se halla en alguna parte, resulta estéril, en tanto que el Cristianismo, que es error, mentira, adoración de un ídolo, resulta fecundo, benéfico, y posee una irradiación de bondad y de belleza. Vió eso, y no tendió su mano á la humanidad, que es hija suya!

¡Oh Dios mío, Dios mío, en qué abismo se cae, en qué confuso caos gira el espíritu humano, cuando rehusa la luz que le habéis preparado! ¡Y qué angustias se prepara, si ama la verdad, si siente que no puede vivir sin ella! Errante en medio de las tinieblas, estrellándose con mil problemas insolubles, no tarda en experimentar la más dolorosa de las tentaciones: la que consiste en cerrar los ojos y aun á no intentar ver. Sobre la almohada en que tan mal descansa, en la que se agita su alma doliente, vela el espíritu de las tinieblas, y en las horas de insomnio, déjase oír una voz: "Echa á un lado todas esas cuestiones; abandona todas sus investigaciones; cierra los ojos; procura olvidar y dormir." ¡Oh Jesús! apiadaos de esas almas dolientes, de esos pobres y nobles investigadores de la verdad. No han huído de la luz; no han deseado las tinieblas; y, aun cuando las hubiesen buscado, es propio de un corazón como el vuestro,

¡oh Jesús! vencerles á fuerza de amor. ¡Que de vuestros pies y de vuestras manos atravesadas, de vuestro corazón abierto, parta un rayo de luz, por débil que sea! Que vean, ¡oh Jesús! y serán salvos. Pues Vos mismo sois la prueba más brillante de la Religión por Vos establecida; y, para iluminar la inteligencia más oscura, como para curar el corazón más enfermo, basta con que se le muestre JESUCRISTO.

Sólo Jesucristo salvará á la sociedad moderna: ¡Hé ahí á mi Dios! ¡Hé ahí á mi Rey!

(Últimas palabras de Chateaubriant.)

Este folleto es un fragmento de la monumental y sin igual obra, en su género, de Monseñor Bougaud, obispo de Laval (q. e. p. d.) "El Cristianismo y los tiempos presentes."

¡Ojalá el infinito poder y voluntad santa de Dios Nuestro Señor, muevan los corazones de los que esta obra leyeren, y los animen á hacer la mayor propaganda posible de la misma, procurando que su lec-

tura se extienda por todas partes, con todos sus parientes, amigos y conocidos, pasando al efecto cada folleto de lector á lector, y de familia á familia.

Y si se trata de los poderosos y ricos, no olviden que Dios Nuestro Señor da ciento por uno; y que, si ven por su mayor honra y gloria, y provecho muy grande, incalculable, de la Sociedad, mandando imprimir por su cuenta algunos millares de ejemplares de estas líneas, Él les llenará de inmensos beneficios y les dará su infinita gloria. Así sea.

Las obras de Monseñor Bougaud se hallan de venta en la "Librería Religiosa" de José L. Vallejo, S. en C., S. José el Real núm. 3, y en la de los Sres. Montero Herrero & Cía., 2ª Cinco de Mayo, 4.

Si se desea la reimpresión de este folleto, ocurrase á la Imprenta de José Ignacio Durán y Cía.—
Chavarría núm. 10.—México, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

00